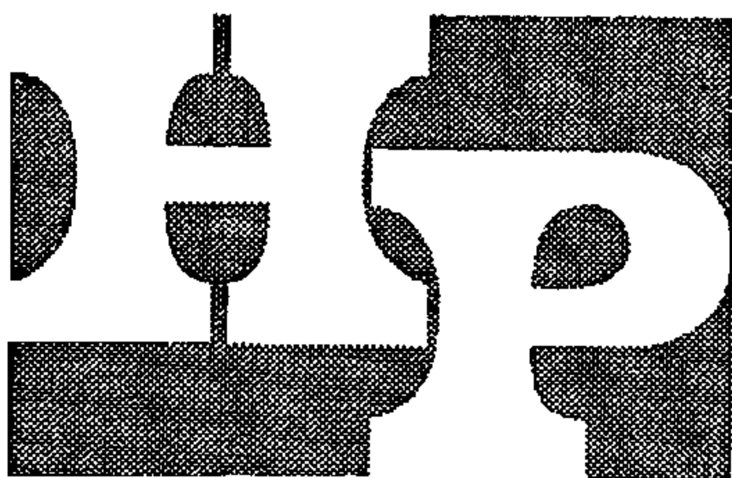
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Silver Kane

A MIL DOLARES LA BALA





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

A MIL DOLARES LA BALA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 59
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 44073-1970

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: enero, 1971

FRANCISCO BRUGUERA - 1970

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El *sheriff* Laxon tocó suavemente la culata de su revólver con las yemas de los dedos y dijo:

—Vamos. Hay cacería.

Los tres agentes se movieron perezosamente, arrastrando las espuelas. Los tres eran tejanos y llevaban las culatas llenas de muescas. Uno de ellos, Landford, solía estrangular a sus enemigos con sus propias manos cuando estaba muy excitado.

Cuando se dirigían a la oficina con paso cansino, miraron maquinalmente las sillas de sus caballos para convencerse de que allí estaban las cuerdas que empleaban para ahorcar.

Iban a necesitarlas.

El *sheriff* había dicho: «Hay cacería», y eso significaba que pronto iban a adornar algún árbol.

Entraron en la oficina.

El sol casi rojo del mediodía penetraba por las dos ventanas e iluminaba la habitación con relieves casi brutales. La mujer estaba allí.

Les miraba.

Era una mujer hermosa, joven, tentadora, y además sus vestidos estaban desgarrados en parte, dejando ver extensas zonas de su piel. Y sin embargo, aquellos tres hombres para los que una mujer era lo más importante en el mundo, no sintieron ningún mal deseo al verla.

Se quitaron los sombreros lentamente, uno tras otro, igual que si estuvieran ante una muerta.

Pero la mujer estaba viva. Palpitaba. Toda ella era como una brasa.

El *sheriff* Laxon susurró:

—Ella ha hecho la denuncia.

—¿Viene de muy lejos? —preguntó Landford, mirando a su jefe.

—Cuatro millas arrastrándose sobre el polvo.

—Se le nota.

En efecto, la mujer estaba cubierta de sangre, y sobre la sangre se había pegado el polvo amarillo del desierto. Sus ropas, hechas jirones, no conservaban nada de su primitivo color. Sus cabellos negros parecían haber sido desordenados a zarpazos por alguna fiera.

Todo su cuerpo debía haber sido castigado por la furia de un huracán.

Sólo sus ojos enfebrecidos conservaban el vigor, la vida, que antes aquella mujer debió derrochar. Sus ojos, y sus manos, que arañaban las tablas del suelo como pidiendo venganza.

—Se llama Lorna —dijo Laxon—. Sirve en un rancho de las cercanías, y a veces le encargan llevar comida a los vaqueros que tienen que consumir algún turno de guardia en los límites más lejanos. Eso quiere decir qué se ve obligada a hacer millas y millas en absoluta soledad.

Landford entrecerró los ojos.

—¿Cuál ha sido el delito? —preguntó.

—Violación.

Las miradas de los tres agentes se encontraron con la mirada gris-plomo del *sheriff*.

—¿Cuántos eran?

—Tres.

—¿Ha dado algún nombre?

—Sí, uno.

—Algo es algo. ¿De quién se trata?

—Mike Lester.

Landford miró a la joven:

—¿Cómo lo quieres, muchacha? ¿Ahorcado? ¿Cosido a balazos? ¿Destrozado a culatazos? ¿Ahogado en un abrevadero?

Ella movió débilmente los dedos.

—Eran tres —jadeó.

—Eso significa —dijo Laxon— que hemos de encontrar a tres hombres… Y que hemos de encontrarlos antes del anochecer, puesto que la frontera está muy cercana.

—Los encontraremos.

—Cerraré la oficina —dijo el *sheriff* a la muchacha—. No te muevas de esta habitación ni hagas ruido. Nosotros volveremos antes del anochecer, pero si te sientes débil, en ese cajón encontrarás comida, un poco de leche y licor. Toma lo que necesites.

Salió con sus tres ayudantes, cerrando la puerta desde fuera. Los hombres montaron en sus caballos.

Todos los que les vieron marchar supieron lo que aquello significaba: muerte. Y nadie lo lamentó.

Los cuatro jinetes salieron de la ciudad al galope, encaminándose hacia el sur sin haber cambiado una sola palabra, pero habiendo tomado un tácito acuerdo con sólo mirarse a los ojos. Todos sospechaban dónde se podía encontrar a Mike Lester.

A ocho millas de la ciudad estaba la llamada Donovan Reata, una serie de campos e instalaciones dedicados a la cría de caballos de raza, y lugar donde se reunían gran número de vaqueros de la comarca. Mike Lester solía ir por allí. Donovan, el dueño, era amigo suyo.

—Usted cree que estará allí, jefe —preguntó Stanley, uno de los agentes.

—Lester es astuto —dijo el *sheriff*—. Sabe que el solo hecho de alejarse de la comarca sería contra él una prueba abrumadora. Y pensando que quizá no lograra atravesar la frontera, se lo ha jugado todo a la carta de hacerse el inocente.

Además, Donovan es amigo suyo y se cree hombre de influencia. Seguro que le protegerá.

Landford lanzó una carcajada.

—¿Contra qué le va a proteger? ¿Contra las moscas y los buitres cuando sea ya un cadáver? Tiene gracia.

Llegaban en aquel momento a la vista de Donovan Reata.

Junto a la interminable sucesión de campos y de apartaderos donde se entrecruzaban los caballos, había varios edificios construidos con buen gusto, en madera blanca con adornos rojos, componiendo todo un conjunto vistoso y alegre. El nombre del lugar estaba escrito en un gran arco que le daba entrada.

El primer edificio que se divisaba era una cantina, frecuentada por vaqueros y donde, de vez en cuando, iban también algunas

muchachas de cabeza loca y algunas bailarinas de la ciudad.

Esta vez no había en la puerta más que un viejo mexicano fumando cachazudamente su pipa.

El silencio era extraño, anormal. Y el aire estaba tan quieto que las volutas de humo quedaban flotando junto a la pipa en vez de ascender. Laxon se encaminó hacia la puerta y empujó los batientes con su cuerpo.

—Bueno, Lester —gruñó—. Sal.

Lester estaba al fondo del local, bebiendo.

Terminó su vaso al ver en la puerta al representante de la Ley, sin que su mano temblara.

—Hola, *sheriff* —dijo después, con voz tranquila—. ¿Me busca?

—Sí.

—¿Qué quiere?

—Acércate.

Lester era un hombre de treinta años, ancho de espaldas, fuerte, con unos puños como mazas. Laxon se fijó en que debía haberse cambiado de ropas, porque éstas estaban impolutas; pero en cambio las botas, bastante disimulada por la capa de polvo, mostraban una mancha de sangre.

El *sheriff* repitió.

—Acércate.

—¿Para qué me busca?

Lester, sabiéndose acorralado, intentó «sacar». Dos de los agentes dispararon y le atravesaron la mano derecha.

Gimoteando, Lester se puso de rodillas en el suelo.

—Pero ¿por qué? —gritó—. ¿Por qué?

—¿Conoces a una muchacha llamada Lorna? —preguntó Stanley.

—No…

—Amárralo al caballo, Stanley —ordenó Laxon.

El agente obedeció.

—Una vuelta —ordenó el *sheriff*

.’

Desde la puerta de la cantina, hombres y mujeres, impávidos, indiferentes, se aprestaban a contemplar el suplicio.

Stanley excitó a su caballo y le hizo dar una extensa vuelta sobre terreno pedregoso, escuchando con complacencia los alaridos de su

víctima.

Cuando terminó, Lester había perdido el conocimiento.

Lo reanimaron con un cubo de agua, sin desatarle.

—¿Conoces a una muchacha llamada Lorna? —volvió a preguntar el *sheriff*.

—Sí… sí…

Apenas se entendía la voz de Lester, que para llegar al aire debía atravesar una boca empapada en sangre.

—¿Quiénes fuisteis?

—No sé…

—¡Otra vuelta, Stanley!

Stanley clavó espuelas e hizo galopar a su caballo. Lester, al sentirse arrastrado de nuevo, lanzó un alarido que estremeció el aire. Luego aulló:

—¡El otro era Joss! ¡Joss Sullivan!

Stanley se había detenido. Laxon y los otros dos ayudantes se aproximaron, haciendo tintinear las espuelas.

—Joss Sullivan era uno. ¿Y el otro?

—No lo sé. No le vi bien.

Laxon extrajo su revólver.

—¡Tengo derecho a ser juzgado! —pudo gritar Lester—. ¡Tengo derecho a…!

—La pena que corresponde a tu delito es la pena de muerte —dijo el *sheriff* con calma—, y la Ley ordena ejecutarla allí donde el delincuente sea encontrado. Pero puede que nos decidamos a llevarte ante el juez si nos dices el nombre de tu otro compañero…

Stanley no había detenido su caballo del todo, aunque daba con él vueltas cada vez más pequeñas y cerradas.

Landford gritó de pronto:

—¡Eh, jefe! ¡Que ese tipo se nos queda en el sitio!

En efecto, después del terrible castigo sufrido, Lester estaba ya a punto de morir: ¡Y hacía sólo minutos que lo habían encontrado! El *sheriff* sacó su revólver y todos le imitaron.

Dispararon a la vez.

Después de haber vaciado todo el cilindro de su «Colt», el *sheriff* lo recargó, al igual que sus hombres.

Inmediatamente volvió a montar.

—¡No hemos logrado más que empezar a hacer justicia,

muchachos! —gritó—. ¡Vamos por Joss Sullivan!

CAPÍTULO II

Un hombre les salió al paso antes de que pudieran dejar atrás la cantina y el cadáver de Lester.

Era un hombre más bien bajo, pero enormemente ancho, todo él músculo y piel quemada por el sol, vestido con elegantes ropas vaqueras y un revólver en el costado derecho.

En sus ojos llameantes había una mirada que parecía de color escarlata.

El *sheriff* detuvo el primero su montura.

—¿Qué quiere, Donovan?

—He visto la última parte de lo que estaban haciendo.

—¿Y qué? ¿No le gusta?

—Yo soy el dueño del Donovan Reata. En mis tierras, yo dicto y hago cumplir la Ley. Soy capaz de mandar que le ahorquen por lo que han hecho con Lester.

—Le sugiero otra idea mejor —gruñó Laxon.

—¿Cuál?

—Haga ahorcar el cadáver de Lester y empléelo en adorno para la entrada de su maldito rancho.

Donovan fue a sacar el revólver mientras lanzaba una maldición, pero Laxon disparó a través de la funda y clavó una bala justamente entre sus pies, haciéndole dar un salto.

—Pude haberle matado, Donovan —advirtió—. Y en cuanto a las leyes, nadie me ha dicho que tuviera usted autoridad para dictarlas. Pero si tiene otra opinión, saque su revólver y lo discutiremos «como buenos amigos».

Donovan cambió de actitud. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y adoptó un tono más humilde, aunque sus ojos seguían llameando.

—¿Qué había hecho Lester? —preguntó—. No tenían derecho a tratarle así. Debían haberse limitado a conducirle ante el juez.

—Antes de que lo matáramos, él había confesado su delito.

—¿Qué delito?

—Violación.

Donovan se mordió nerviosamente los labios.

—La Ley castiga ese delito con la pena de muerte —dijo el *sheriff*—, y en California se autoriza a los agentes para que exterminen a los culpables en cualquier lugar donde sean hallados. No hemos hecho más que aplicarle a Lester la estricta justicia. ¿Tiene algo que decir?

—No… Claro que no. Yo mismo enterraré su cuerpo. Buenos días.

—Buenos días, Donovan. Y si alguna vez tiene cualquier duda sobre el cumplimiento de la pena de muerte, no vacile en consultarme.

Los cuatro jinetes se alejaron al galope.

Donovan los miró un instante, aplastado por el fuerte sol del mediodía, y luego se dirigió a sus hombres, que estaban contemplando cerca de la cantina el cadáver destrozado de Lester.

—¿Ha dado Lester algún nombre antes de morir? —preguntó—. ¿Van a buscar a alguien más?

—Sí, jefe. Ha mencionado a Joss Sullivan.

Donovan señaló a un peón mexicano con las piernas torcidas de tanto montar a caballo.

—Tú, avísale. Seguro que lo encontrarás en la Banca de Bradley, retirando dinero, pues hoy le he comprado un caballo y le he pagado con un cheque: Si ya no está allí, te podrán decir hacia dónde se ha dirigido. Explícale que el *sheriff* le busca y que le ahorcará sin contemplaciones en cuanto lo encuentre. Dile también que esa información vale cien dólares. Puede dirigirse cuanto antes a la frontera de México, pero si opta por venir aquí, le cobraré quinientos dólares por la protección.

—Bien, jefe.

El mexicano salió al galope y unos minutos después se había perdido de vista.

Encontró a Sullivan en la Banca Bradley, retirando mil quinientos dólares, producto de la venta de un caballo de raza. Su

rostro ancho y brutal tenía un aspecto satisfecho, y seguramente lo último que se le hubiera ocurrido pensar era que el *sheriff* le estaba buscando ya para ahorcarle.

El mexicano le explicó lo que le había ocurrido a Lester y le transmitió el mensaje de Donovan. Sullivan palidecía más a cada nueva palabra.

—¿De modo que Loma ha hablado? —pudo mascullar al fin.

—Sí. Ha tenido que ser ella.

—¡Maldita renegada!

—Debisteis haberla matado.

—¡Eso es lo que haré en cuanto me la vuelva a encontrar cara a cara! ¡Maldita!…

—Maldice lo que quieras, pero no pierdas más tiempo ahí. El *sheriff* puede regresar a la ciudad de un momento a otro, si es que decide buscar aquí primero.

—¡No quiero huir sin antes haber matado a Lorna!

—Pues me parece que puedes conseguir tu propósito si actúas con rapidez. Al venir hacia aquí la he visto asomada a una de las ventanas de la oficina del *sheriff*. Estaba sola. Seguro que la han dejado encerrada allí mientras ellos iban en vuestra busca.

Los labios de Joss Sullivan se torcieron en una sonrisa satánica.

—La oficina del *sheriff* está apenas a treinta yardas de aquí. ¡Podré saltar la cerradura de un balazo, acabar con ella… y huir a México antes de que encuentren mis huellas!

Dio al mexicano los cien dólares que Donovan le cobraba por la información, y salió del Banco para encaminarse hacia la oficina del *sheriff*, que era visible desde allí, a muy poca distancia.

En efecto, pudo ver a Lorna tras el cristal de una de las ventanas.

Ella se retiró inmediatamente, lanzando un grito de horror que no se oyó desde la calle. Sullivan corrió hacia allí, seguro de que nadie le cortaría el paso. Llegó ante la puerta, sacó el revólver y voló la cerradura de dos certeros balazos.

La misma sonrisa satánica, más amplia aún, entenebrecía su rostro cuando entró en la oficina.

Lorna estaba en el centro de la pieza, en pie, mirándole desafiante. No se había lavado aún la sangre de su cuerpo y había en su rostro algo que era mezcla de horror, de asco y hasta de pena.

Sus labios tenían una mueca que hubiera inmovilizado a cualquier hombre menos corrompido que Joss Sullivan.

Pero éste no vaciló en levantar el revólver.

—¡No volverás a hablar! —aulló—. ¡No volverás a hablar nunca más, maldita!

Lorna dijo sencillamente.

—Dispara, hiena.

Pero antes de que Joss Sullivan lograra apretar el gatillo, una voz dijo a su espalda:

—Yo no lo haría así, amigo.

Sullivan lanzó un alarido y se volvió con la rapidez del rayo, girando el revólver hacia el enemigo que adivinaba detrás suyo. Pero ese enemigo ya parecía haber comprendido su intención, porque antes de que Joss se volviera del todo disparó una sola vez y le atravesó sin contemplaciones la mano derecha.

Joss se dejó caer al suelo, apoyando la mano ensangrentada en su vientre y aullando de dolor.

—Ya he dicho —advirtió el desconocido— que yo no lo hubiera hecho así.

Al levantar los ojos, Sullivan vio al hombre que le había inutilizado la mano. Era un tipo alto, joven, de cabellos rubios, al que no le había jamás hasta entonces. Iba completamente vestido de negro y llevaba dos «Colt» con cachas blancas. Los adornos de plata en su cinto canana destacaban sobre el lúgubre color de sus ropas.

Aquel tipo no debía de tener más de veintisiete o veintiocho años. Su pecho robusto y tostado por el sol se mostraba entre la camisa abierta. Andaba lentamente, arrastrando un poco los pies, como si no tuviera prisa por llegar a ninguna parte.

—Lástima —añadió el desconocido—. He tenido que malgastar una bala.

Con un gesto de odio, Joss Sullivan le mostró su derecha atravesada.

—¿Llamas malgastar a esto?

—Es que yo cobro mil dólares por cada bala. ¿No lo sabías? Y por menos dinero no me gusta disparar.

Joss Sullivan, en su desesperación, creyó que el enemigo estaba distraído. Aulló:

—¡Maldito…!

Y se lanzó a sus piernas para hacerle caer, moviendo violentamente la mano derecha para arrojarle a los ojos gotas de sangre. Pero el hombre vestido de negro no se dejó sorprender. Propinó a Joss un rodillazo en plena cara antes de que éste le rozase tan siquiera y cuando le hizo retroceder movió la pierna derecha para destrozarle de un salvaje puntapié todo el tabique nasal.

El grito de dolor de Joss Sullivan fue sencillamente infrahumano. Se retorció en el suelo y arañó el pavimento, sabiendo que a partir de aquel momento ya estaría ciego, pues sus propias lágrimas no le permitirían ver.

Lorna contemplaba como fascinada aquel inesperado y brutal espectáculo.

El hombre vestido de negro tomó calmosamente una botella de *whisky* que había sobre la mesa, dio un puntapié a Joss, haciéndole quedar cara al techo, y desde arriba le derramó todo el *whisky* sobre la cara. Joss aullaba y maldecía al verse obligado a tragar.

—Si fueras un granuja de más importancia, puede que te matase en este mismo momento —dijo luego—, pero no mereces ni que gaste una de mis balas. Te dejaré vivir.

—El que no le dejaré vivir seré yo —dijo en ese momento una voz desde la puerta.

El hombre vestido de negro se volvió y pudo ver entonces al *sheriff*, que entraba en la oficina seguido de sus agentes.

—Buena caza —dijo el de la estrella—. ¿Quién es usted, amigo?

—Me llamo Less Burton —contestó el enlutado.

—He oído su nombre en alguna parte, pero ahora no recuerdo dónde. ¿A qué se dedica usted?

—No he trabajado nunca en California —dijo Burton, eludiendo en cierto modo la respuesta.

—Ya. Quizá por eso no le conozca, aunque insisto en que su nombre me recuerda algo. ¿Qué hacía esta rata del desierto? ¿Iba a asesinar a la muchacha?

—Sí.

—Muy bien. Así tendremos menos escrúpulos de conciencia.

Entre él y sus hombres levantaron a puntapiés y golpes a Joss Sullivan y le hicieron sentar encima de una mesa.

—¿Quién era el otro? —preguntó Laxon.

—Lester…

—Lester ya está muerto. Y es inútil que mientas, porque nada vas a conseguir. Yo te pregunto por el tercero.

—No le conocía.

Landford empezó a silbar distraídamente, mientras preparaba la cuerda. Joss Sullivan lo miró con ojos dilatados por el miedo.

—Era… ¡era Patrick! —aulló—. ¡Pero yo no quiero morir! ¡Os diré dónde está Patrick si me perdonáis la vida!

Aquel nombre pareció impresionar por un momento a todos los presentes, incluso a Less Burton. Porque Patrick era uno de los hombres más ricos y más respetados de toda la comarca. Pero en los ojos del granuja, dilatados por el horror, se adivinaba que estaba diciendo la verdad.

—A Patrick lo encontraremos nosotros —dijo Laxon—. Gracias por tu amabilidad.

Hizo una señal a sus hombres y éstos pasaron la cuerda por encima de una barra de hierro que atravesaba de parte a parte del techo. Joss Sullivan aulló, pataleó, gimió, pero al fin hubo de purgar su crimen tal y como decía la Ley. Lo dejaron colgando en mitad de la habitación, para que la adornase durante unas horas.

—Ésta es la ley de California —dijo sencillamente el *sheriff*—. Y ahora, muchachos, vamos a buscar a Patrick.

Salieron los cuatro.

Less miró al ahorcado y dijo:

—Para que no vuelvas a fiarte de las mujeres, amigo.

Luego salió también.

CAPÍTULO III

Sí, ésta era la ley de California.

Una ley rápida y cruel, que antes de ser dictada aplicaban ya a rajatabla los *sheriffs*, sus alguaciles y los llamados caballeros de California, quienes patrullaban por las cuencas auríferas, imponiendo la rudimentaria justicia de sus «Colt».

Las mujeres eran escasas en aquella tierra, y de no haber estado defendidas por leyes implacables, habrían terminado por ser prácticamente exterminadas, como los bisontes de las llanuras.

Uno de los más rígidos y feroces cumplidores de la Ley era el *sheriff* Laxon.

Había matado a dos hombres en menos de dos horas y no descansaría hasta matar al tercero. Tres hombres que tenían que dar su vida a cambio de la honra de Lorna, la muchacha de veintiún años. Faltaba uno.

El hecho de que ese uno fuera Patrick, uno de los más ricos del condado, no influía para nada en la decisión del *sheriff*.

Le ahorcaría igual.

Landford gruñó, mientras trotaban por la calle principal:

—¿Se ha fijado en aquel tipo, *sheriff*? Era un auténtico pistolero. Llevaba los revólveres con una soltura que se delataba a cien millas. Y había atravesado la mano de Joss Sullivan justamente por el centro.

—Sí, ya me di cuenta.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Less Burton.

—¡Diablos! Ese nombre también me recuerda algo y no puedo precisar qué es. ¿Dónde lo he oído nombrar yo antes?

—Yo he estado haciendo memoria —confesó Laxon— y lo único

que he podido recordar es que no figura en la lista de reclamados que tengo pendiente. Eso me tranquiliza.

—Pero si le hemos oído nombrar, ha tenido que ser forzosamente por algún asunto relacionado con la Ley.

—Seguro.

—¿Y dónde se habrá metido ahora?

Los cuatro miraron mecánicamente hacia atrás, hacia la calle polvorienta. No se veía el menor rastro de Less Burton.

—Habrá visto a cualquier mujer guapa y se habrá largado tras ella.

—¿Más guapa que Lorna?

—¡Bah!

Los cuatro agentes de la Ley abandonaron aquella conversación al dejar atrás la calle principal de la población y adentrarse en la llanura, tan seca como el esqueleto de una serpiente.

—¿Dónde se habrá ocultado Patrick? —preguntó Stanley, al cabo de unos minutos de silencioso galope.

—No creo que se haya ocultado. Se considera muy seguro, y para él Lorna no era más que la criada de un rancho. Pensará que no le vamos a perseguir por eso y que olvidaremos el asunto.

Stanley acarició la soga que colgaba de la silla de su caballo.

—Claro que lo olvidaremos —murmuró—. Cuando le hayamos ahorcado…

—Pero ¿dónde estará ahora? —preguntó Landford—. ¿A dónde vamos, en realidad?

—Patrick posee lo que llama su rancho particular a pocas millas de aquí —dijo Laxon—. Todos sabemos lo que es ese rancho. Un lugar lo suficientemente aislado para poder organizar sus orgías sin que nadie se escandalice. Seguro que ahora estará allí.

—Patrick puede derrochar el dinero —comentó Tim, el tercer agente—. ¿Por qué habrá ultrajado a una pobre muchacha como Lorna?

—Pues seguramente por eso mismo, porque Lorna era una pobre muchacha que, sin embargo, no se doblegó ante sus exigencias canallescas. Y lo que él ha pretendido ha sido escarmentarla.

—Si se entera su padre —dijo Landford— es capaz de desheredarle.

—Su padre es el ranchero más rico de esta comarca —explicó el

de la estrella—, pero tiene menos escrúpulos que nadie. Sabe que su hijo es un canalla y lo consiente. Sabe que su hija Linda es una orgullosa a la que nadie puede soportar, y aún la alienta a serlo más. Nunca desheredaría a Patrick por muchas granujadas que éste cometiera. Además, ¿qué importa eso? ¿No hemos acordado que vamos a ahorcarle allí donde le encontremos?

Los cuatro hombres lanzaron al unísono una carcajada.

Y apretaron el galope hacia el pequeño valle donde estaba situado el rancho particular de Patrick.

* * *

El hombre a quien buscaban estaba allí.

Se había despojado de sus ropas vaqueras, que aunque elegantes le molestaban, y vestía ahora una larga bata oscura como las que había visto usar a los millonarios en un viaje que hizo a Nueva York. Acababa de tomar un baño caliente y ahora se disponía a tomar un refresco de naranja, obtenido con los mejores frutos de los inmensos naranjales que su padre poseía más al sur, casi en la frontera de México.

Estaba cómodamente sentado en una habitación que tenía salida al porche, y cuyas dos ventanas abiertas permitían entrar libremente la luz, los colores y los mil aromas del valle.

Una camarera le servía silenciosamente.

Patrick la miró con los ojos entornados, mientras ella depositaba con un gesto humilde la bandeja sobre la mesa.

No la conocía. Su amigo Holmes, capataz del rancho de su padre y su proveedor de aventuras fáciles, la había contratado sabiendo que daría a Patrick una agradable sorpresa. Y, en efecto, se la había dado, porque la muchacha merecía la pena.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Patrick.

—Diecisiete, señor —contestó ella en mal inglés.

—¿Eres mexicana?

—De Durango, señor.

—¿Y cuánto tiempo llevas en California?

—Tres días, señor. El señor Holmes fue muy bueno y me contrató, a pesar de que le confesé que yo apenas sabía hacer nada.

Patrick sonrió lentamente, mientras entrecerraba los ojos otra vez.

—¡Diablos con las chicas de Durango! —susurró.

—¿Qué dice, señor?

—Nada, nada…

Examinaba a la chica desde los tobillos a los cabellos, que no eran negros, sino casi rubios y de una angelical limpieza. La chica, a sus diecisiete años, tenía ya todo lo que hacía falta, y hasta le sobraba un poco. Al sentirse examinada de aquel modo, ella enrojeció. Eso agradó a Patrick.

—¿Puedo retirarme, señor? —preguntó ella.

—No. Te necesito.

—Entonces mándeme, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Lina, para servirle.

—¿No has tenido nunca novio?

—No… Claro que no, señor.

Patrick se puso en pie, sonriendo. A sus treinta años era un hombre más bien atractivo, pero había algo viscoso, repelente, en su mirada gris e inhumana, tras la que parecían palpitar todos los vicios del mundo.

—¿Cómo es posible? —susurró, acercándose a la muchacha—. Con esos ojos, con esa boca…

—Es usted muy amable, señor, pe…, pero…

—¿Es que te enfada que te lo diga?

—No, claro que no, señor… Yo necesito trabajar.

—Bueno, esto no es un trabajo. Acércate.

Lina vaciló. Sus labios, cuando hizo un esfuerzo para sonreír, temblaron en una mueca. Quería considerar aquellas palabras como una amabilidad sin importancia; pero le daba miedo aquella mirada taladrante y espesa del nuevo amo, el todopoderoso Patrick.

—Acércate… —repitió él—. Acércate…

Como Lina no se movía, tendió él sus brazos igual que zarpas y la apresó entre ellos.

Fue en ese momento cuando oyó aquel grito de agonía cerca de la casa.

Patrick soltó a la muchacha y se volvió rápidamente hacia la ventana de la derecha, cerca de la cual acababa de sonar aquel grito.

Vio a Zomber, el hombre que siempre vigilaba su casa,

intentando levantar un rifle entre sus manos. Pero llevaba ya un cuchillo clavado en la garganta, y de ahí su grito de agonía. Cuatro jinetes se aproximaban al galope hacia él, después de desenfundar sus «Colt».

Zomber cayó al fin, regando el suelo con su sangre.

Los cuatro jinetes se abrieron en abanico, frente al porche de la casa, sin descabalgar.

Patrick no podía dar crédito a sus ojos. ¡El *sheriff* y sus tres ayudantes, dispuestos a matar! ¿Por qué? ¿Por una insignificante empleada de un racho? ¿Es que no sabían que él era el hijo de uno de los hombres más influyentes de la región?

Debía haber un error.

Pero se convenció de que no lo era cuando la potente voz del *sheriff* anunció:

—¡Venimos por ti, Patrick! ¡Entrégate y no te haremos sufrir cuando te colguemos de un árbol! ¡Pero si ofreces resistencia, te juro que te haremos despedazar por nuestros caballos!

Patrick lanzó una salvaje maldición.

Fuera de Zomber, que ya estaba muerto, no había allí nadie más para defenderle. Tenía que arreglárselas solo o dejarse allí la piel. Y Patrick consideraba que su piel valía más que la de todos los demás hombres y mujeres de California.

Por eso dio un empujón a Lina, descolgó uno de los rifles último modelo que adornaban la chimenea de la habitación, y tiró del cajón lateral de su escritorio, que estaba lleno de cartuchos. Los cuatro hombres aguardaban aún confiadamente su respuesta, a poca distancia Patrick estuvo a punto de lanzar una carcajada.

¿Qué serían aquellos cuatro papagayos para su rifle de repetición?

Disparó rabiosamente, apuntando primero al *sheriff*. Pero su nerviosismo le impidió precisar la puntería bien, y le hizo volar solamente el sombrero. Los cuatro hombres se movieron entonces con una fantástica rapidez.

Saltando por un costado de sus caballos se dejaron caer a tierra, mientras daban una palmada a sus monturas para que éstas se alejasen al galope. Sus revólveres vomitaron plomo un segundo después. Las inmaculadas paredes de la habitación donde estaba Patrick se llenaron de desconchados, causados por las balas.

—¡Está solo! —gritó Laxon—. ¡Vamos, muchachos! ¡Dos por cada lado de la casa!

—¡Ha disparado a traición! —gritó Landford—. ¡Le arrastraré con mi caballo antes de colgarle!

Las balas trazaron círculos de muerte en la habitación, obligando a Patrick a refugiarse en un pequeño ángulo. Conocía a Landford y sabía que éste no hablaba en vano. ¡Lo arrastraría con su caballo antes de ahorcarlo como a un coyote rabioso!

Empezó a sudar de angustia. Sus ojos buscaron desesperadamente una salida.

Pero no la había. ¡Si al menos pudiera mantenerlos a raya! ¡Si pudiera disparar con dos rifles a la vez, en lugar de uno!

Hizo fuego otra vez, fallando.

El *sheriff* dio un salto, aproximándose más a la casa. Si lograba tocar el porche, Patrick ya podía considerarse automáticamente perdido.

Pero en ese momento alguien disparó desde el interior de la habitación, junto a Patrick, y la bala restalló frente’ a la cabeza del *sheriff*.

Patrick, asombrado, volvió la cabeza.

Vio en el interior de la habitación a un tipo rubio, completamente vestido de negro, que llevaba dos revólveres con relucientes cachas blancas.

—Siento presentarme así —dijo el desconocido, con una sonrisa —. Me llamo Less Burton.

CAPÍTULO IV

Patrick cerró la boca y se asombró al oír el chasquido de sus propios dientes.

—¿Quién… dice que es? —barbotó.

—Me llamo Less Burton.

—Jamás le oí nombrar.

—Mejor para usted.

—¿Y qué hace aquí?

Stanley, el agente del *sheriff*, intentó avanzar también, y Less lo inmovilizó, disparando entre sus pies y haciéndole lanzarse a tierra.

—¿No lo ve? —dijo luego, mirando a Patrick—. Le ayudo.

—¿Pero…, por qué?

—Psé. Cualquiera sabe… —Less Burton se encogió de hombros —. A lo mejor resulta que me es usted simpático.

El sudor helado —presagio de muerte— que bañaba el rostro de Patrick, se convirtió en un sudor ardiente y pegajoso, ante la posibilidad de la salvación.

—¿Cómo ha logrado entrar? —jadeó.

—¿No cree que está haciendo demasiadas preguntas? —Gruñó Less—. Si quiere tener aún alguna oportunidad de salvarse, salga disparado de aquí y monte en el caballo que encontrará junto a las cuadras.

Patrick, muerto de miedo y de ansiedad, arrojóse al suelo y empezó a gatear en busca de la salida. Ni siquiera acertó a dar las gracias al hombre que tan extrañamente le había salvado. Como un reptil demasiado gordo, huyó arrastrándose penosamente a través de la puerta.

Less Burton se encajó bien en un ángulo de la habitación, desde el que podía dominar una extensa zona.

El *sheriff* y sus agentes, por el momento, estaban inmovilizados, sorprendidos sin duda ante aquella reacción que no esperaban.

Burton calculó que Patrick tendría tiempo de huir antes de que los representantes de la Ley cortasen todas las salidas. Había sacado un caballo de la cuadra, dejándoselo preparado junto a una de las ventanas de la parte posterior. Mientras él entretenía al representante de la Ley y sus hombres, Patrick tendría tiempo de llegar al rancho de su padre, donde le facilitarían ropas, dinero y escolta para que huyese hacia las espesas montañas de Sierra Nevada. Cuando el *sheriff* quisiera volver a perseguirle, Patrick ya estaría allí.

Less respiró hondamente, como el que acaba de realizar un difícil trabajo.

Lo complicado sería ahora mantener a raya al *sheriff* y sus hombres sin matar ni herir a ninguno de ellos.

Haría falta tener nervios de acero y una puntería diabólica. Pero Less poseía ambas cosas.

Cada vez que el *sheriff* y Stanley, a los que tenía delante, se movían un poco, les hacía saltar tierra a un par de pulgadas de los ojos. Por detrás de la casa entrarían sin duda Landford y Tim, los otros dos agentes. Y Less no sabía lo que iba a hacer con ellos, desde luego, en cuanto asomasen las narices por allí.

A aquella corta distancia, le iba a ser casi imposible detenerlos sin tirar a matar. Pero él no quería ni rozarles con una bala.

De este apuro le sacó la voz del mismo Landford al gritar en la parte posterior de la casa:

—¡Alguien huye a caballo! ¡Juraría que es Patrick!

—¡Fíjate bien, Landford! —gritó el *sheriff* desde el suelo, sin moverse—. ¡Hemos de estar seguros!

Hubo unos breves segundos de silencio.

—¡Es Patrick! —aulló luego la voz de Landford—. ¡Viste una bata ridícula, casi de mujer, pero se nos escapará si no nos damos prisa!

Se oyeron en seguida dos detonaciones de revólver que sin duda no alcanzaron a Patrick.

—¿Quién es entonces el que está en la casa, jefe? —preguntó Stanley en voz alta.

—Algún criado de Patrick con el que no contábamos, pero eso

no nos interesa ahora. ¡Hay que dar con el fugitivo y ahorcarlo en seguida!

Lo mismo el *sheriff* que Stanley se jugaron la piel al saltar a cuerpo descubierto hacia sus caballos; y si Less hubiese querido matarlos lo habría hecho fácilmente. Pero en lugar de eso, el joven vestido de negro los dejó marchar con un suspiro de alivio.

No habían transcurrido treinta segundos cuando se oía ya el galopar furioso de sus cuatro caballos.

Less guardó los revólveres.

Tuvo entonces la sensación de que unos ojos puros y claros, pero de una extraña intensidad en el mirar, le estaban contemplando. No se había apercibido hasta entonces de que pudiera haber alguien más en la habitación. Giró la cabeza y vio a Lina.

Lina se había arrojado al suelo durante el tiroteo, y ahora estaba de rodillas en él. Parecía así muy tímida, muy dulce y muy joven. Pero Less supo descubrir en sus ojos como una mirada de rebeldía.

—¿Quién eres? —susurró.

—Tan sólo una sirvienta —dijo ella—. Había entrado a trabajar hoy.

—Y no te gustaba tu nuevo dueño, ¿eh?

Ella vaciló antes de contestar. Tenía sólidos motivos para creer que Less era un gran amigo de Patrick, y por eso no se atrevía a decir lo que pensaba. Pero al fin susurró:

—No. No me gustaba.

—¿Te había encontrado guapa? ¿Te había molestado?

—De no llegar el *sheriff*, creo que… yo lo habría pasado mal.

—Es que, realmente, eres muy hermosa.

Ella se estremeció, y por un instante sus ojos miraron con odio a Less Burton.

—Usted —musitó— es como él.

—¿En qué lo notas?

—Son lobos de la misma camada.

Less tomó pensativamente una botella de *whisky* que estaba sobre la mesita y que había sido respetada por las balas. La destapó y bebió un buen trago sin mirar a la muchacha.

Luego dijo:

—Supongo que Patrick no podrá volver en una buena temporada. Quizá nunca volverá a poner los pies en esta parte de

California. ¿No te buscarás otro empleo?

—Tendré que hacerlo.

—¿Es que no tienes a nadie que cuide de ti?

—No. Estoy sola en el mundo. Nadie aquí, nadie en México. Pero eso no me da miedo.

—Está bien —dijo Less, disponiéndose a salir—, te deseo suerte.

—La tendré. Dicen que siempre trae suerte conocer a un ahorcado.

Less, que ya estaba casi en la ventana, se detuvo de pronto, volviendo la cabeza.

—¡Diablos! ¿Y quién va a ser el ahorcado?

—Usted.

—¡Qué amable eres! ¿Por qué?

—Porque yo le delataré al *sheriff*. He oído el nombre que le daba a Patrick: Less Burton. Y le juro que no lo olvidaré. Los que ayudan a huir a un condenado a muerte son condenados a muerte también.

—Lo sé.

—Ya ve que le aviso; yo le delataré al *sheriff*.

—¿Sabes que no me costaría nada disparar una bala entre esas dos bonitas cejas?

—Hágalo. Los hombres como usted no me dan miedo.

Less Burton, con un gesto de decisión, sacó el revólver izquierdo y la apuntó, viendo que ella ni tan siquiera pestañeaba. Entonces el extraño personaje lanzó una carcajada y le echó suavemente el revólver a las manos para que ella lo tomara.

Y salió por la ventana, dirigiéndose a pie hacia la salida del valle, donde había dejado oculto su caballo.

Montó en él y se dirigió a la ciudad, sin esforzar al animal demasiado. Una vez allí se dirigió al hotel donde alquilara una habitación poco antes, cuando llegó a la ciudad y se enteró, por los comentarios de la gente, de lo que había ocurrido con Loma.

—¿Puedo tomar un baño? —preguntó al encargado.

—Claro que sí, señor. Por cierto, ¿cómo ha dicho usted que se llamaba?

—Less Burton.

—Su nombre me recuerda algo, no sé qué…

—Seguro. Alguna marca de herraduras para caballos. Buenas tardes, amigo.

—Bue… buenas tardes.

Less se bañó, se afeitó y se vistió otras ropas limpias, también negras, que había sacado de su maleta. Estaba dando los últimos toques al pañuelo blanco que se anudaba al cuello cuando llamaron con los nudillos a su puerta.

«¿Quién será ahora?… pensó Less».

Su imaginación le trajo la figura del *sheriff* Laxon, que quizá estaría ya al otro lado de la hoja de madera, con sus cuatro agentes y una soga preparada para la ejecución.

Fue a abrir.

Y apenas había echado hacia atrás la hoja de madera cuando alguien, sin previo aviso, desde el umbral, disparó rabiosamente dos veces contra él.

CAPÍTULO V

Less Burton sólo debió su salvación a la fantástica velocidad de reflejos que poseía. Cuando vio brillar algo frente a él, dio un salto de costado en tanto las detonaciones rasgaban el aire. Una bala le atravesó la camisa y la otra le rozó la cabeza, pero ninguna le hirió.

Ya en el suelo, Less sacó con fantástica rapidez el único revólver que ahora poseía, el derecho. Llegó a tiempo de disparar contra el «Colt» que ya le estaba apuntando a dos pasos de la puerta, recto a la cabeza. Tuvo suerte y acertó al primer balazo. El «Colt» saltó hecho astillas.

Desde arriba, sin haber sufrido ninguna herida pero con las facciones desencajadas, Loma lo miró mientras sus ojos se cubrían de llanto.

—¡Canalla! —gritó—. ¡Canalla!

Less no hizo caso de los insultos. Se puso en pie, mientras ella seguía llorando e increpándole en la peor jerga, y sacó de su maleta una botella de excelente *whisky*.

Se la tendió a Lorna.

—¿Un trago, muchacha?

Ella le volvió a mirar, y rechinaron sus dientes.

—¿Qué se ha creído, perro? —Insultó.

—Yo nada. ¿Y tú?

—Hoy he fallado, pero lo intentaré otra vez. ¡Juro que le mataré, aunque haya de costarme la horca!

—Tengo la mar de éxitos entre las mujeres —dijo pensativamente Less—. Todas me dicen que me enviarán a pasear una temporada a una tumba. ¿Cuál es tu motivo? Supongo que lo tienes, ¿verdad?

—Claro que lo tengo… Y el matarte de dos balazos era casi una

obra de caridad, porque el *sheriff* te hará arrastrar por su caballo y luego te ahorcará. Tú has sido el que ha salvado a Patrick.

—¿Cómo se ha sabido tan pronto?

—Lina, una camarera que Patrick tenía, acaba de llegar a la ciudad y lo ha contado a todo el mundo. ¡Di que es falso que has salvado a esa hiena!

Fue Less el que tuvo que beber un trago de su botella de *whisky*.

—Sí que se ha dado prisa… —Gruñó.

—¿Entonces es verdad que has salvado a ese perro rabioso? ¿Entonces no lo niegas? —gritó Lorna, fuera de sí.

—No puedo negarlo porque es verdad.

—¿Por qué le has salvado?

—Debe ser por lo que me dijo Lina, esa camarera mexicana: porque somos lobos de la misma camada.

—¿Sabes lo que hará el *sheriff* en cuanto se entere?

—Tú misma lo has dicho hace poco: me hará arrastrar por su caballo antes de ahorcarme.

—Hablas con mucha tranquilidad, como si creyeras que no es cierto. Pero lo hará. ¡Te ahorcará él o te mataré yo, te lo juro!

—De acuerdo. Pero entretanto, ¿por qué no nos marchamos juntos a beber un trago?

Aquella increíble tranquilidad de que Less Burton hacía gala dejó a Lorna sin habla durante unos momentos. No entendía a aquel tipo que después de salvarla había salvado también a un canalla y a un asesino como Patrick. Pero lo que más le asombraba era la indiferencia con que el joven se iba a enfrentar al *sheriff* Laxon, sabiendo que éste ahorcaba primero y preguntaba después.

—Asistiré a tu entierro —dijo la muchacha, escupiendo las palabras— y te compraré una corona adornada con pieles de rata.

—Gracias, preciosa.

Less Burton la atrajo hacia sí, con aparente suavidad, pero con tanta fuerza que ella no pudo resistirse. La besó en la boca y luego la soltó. Al dejarla libre con brusquedad, la muchacha estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Te mataré! —repitió jadeante—. ¡Te mataría, aunque sólo fuera por esto!

El hizo un saludo con la mano y salió.

Los disparos de revólver habían causado en el hotel menos

alarma que el estrépito de un vaso al romperse. Habituados los huéspedes a que allí tuvieran lugar muchos ajustes de cuentas, no se asombraban ni aun en el caso de ver al vecino salir muerto por la ventana.

La calma era absoluta cuando Less llegó al vestíbulo.

—¿Esos disparos han sido en su habitación, caballero? —preguntó amablemente el dueño.

—Sí.

—¿Tenemos que retirar algo?

—Nada por ahora. Cuando me muera ya les avisaré.

—¿Y la señora? ¿Está viva?

—Vaya a la habitación y verá qué guantazo le arrea.

—Gracias por la advertencia, caballero.

—No hay de qué, amigo, no hay de qué…

Less Búrton salió a la calle, dirigiéndose tranquilamente a una armería próxima, donde adquirió un revólver lo más parecido posible a aquel que había regalado a Lina. Luego encaminó sus pasos hacia la oficina del *sheriff*, como si no tuviera nada que temer.

Notó que muchas de las personas que se cruzaban con él le miraban de una forma extraña, como si estuviesen ya mirando a un muerto.

Todos sabían ya que el *sheriff* había acorralado a Patrick y que Less lo había salvado. Todos sabían también que el *sheriff* Laxon no perdonaba jamás los delitos de esta clase.

Cuando Less llegó a la oficina, el *sheriff* estaba colgando un nuevo pasquín junto a los otros que había al lado de su puerta.

Aquel pasquín no llevaba ningún retrato y sin duda había sido preparado a gran velocidad en la imprenta contigua, porque la tinta aún parecía fresca. Decía sencillamente:

SE BUSCA A LOUIS PATRICK, ACUSADO DE

RAPTO Y RESISTENCIA A LA AUTORIDAD.

En esta oficina se entregarán

500 DÓLARES

a quien lo presente en ella

El *sheriff* vio por el rabillo del ojo que Less Burton se acercaba, pero siguió clavando el pasquín con toda tranquilidad, como si no le conociera. Luego se volvió y preguntó amablemente al joven:

—¿Qué le parece?

—Muy bonito, pero quedaría mucho mejor si publicara algún retrato de Patrick.

—No ha habido tiempo, y además no hace falta. A Patrick lo conoce todo el mundo, desde Brawley a la frontera de México.

—Entonces no tardarán en encontrarle.

—Claro que no, aunque nuestras últimas noticias son que pidió ayuda en el rancho de su padre y allí le dieron dinero y provisiones para que se ocultara en el pico de Cujamaca. Seguro que piensa estar allí hasta que yo me aburra de buscarle.

—¿Y no teme que logre pasar la frontera de México?

—No, porque a partir de ahora, Patrick sabe que sólo estará relativamente seguro en la zona montañosa. En cuanto baje al llano lo cazaremos. He enviado ya, aviso telegráfico a Morgan, un federal que trabaja en esa zona de la frontera. No creo que Patrick desee enfrentarse con él.

Less conocía a Morgan. Un auténtico perro de presa que jamás abandonaba a su víctima. Si se había propuesto que Patrick no pasara la frontera de México, no la pasaría.

—De todos modos —dijo Less Burton lentamente—, no creo que sea demasiado fácil dar con Patrick. Quinientos dólares por un hombre como él me parecen muy poca cosa.

—La recompensa subirá, si hace falta.

—Eso es lo que espero. —Less encendió con calma medio cigarro que llevaba en uno de los bolsillos de su camisa—. ¿Y por mí, *sheriff*? ¿No ofrece nada por mí?

Laxon puso los pulgares sobre sus cintos canana, mirándole fijamente.

—La piel de una rata no vale gran cosa en California, Less Burton —susurró—. No hace falta ofrecer una recompensa por ella. La Ley no pagará ni diez centavos por su cadáver.

Less arrojó tranquilamente una bocanada de humo al aire.

—¡Pues sí que está el tiempo como para hacerse uno ilusiones! ¿Y por qué no me ahorca, *sheriff*?

—No puedo aún. Primero tiene que ser condenado por el juez. Su delito no es de los que se castigan con la pena de muerte inmediata. Pero además hay otra causa.

—¿Cuál?

—Me sorprende su sangre fría. Confieso que no le entiendo; no sé por qué ha salvado a Patrick ni por qué no ha huido en seguida en vez de volver aquí, donde sabe que será condenado.

—Buen humor que tiene uno.

Laxon le apoyó el dedo índice en su pecho, como quien apoya el cañón de un revólver.

—Es usted un asesino muy original, Less Burton, pero asesino, al fin y al cabo. El juez ya tiene puesta a la firma la orden de detención, basándose en la acusación de Lina. En cuanto esa orden esté formalizada, le iré a buscar, Burton. Y si intenta resistirse, le acorralaré y le mataré como a un perro rabioso.

—Ya me he enterado de que sabe hacerlo.

—Matar, es en cierto modo la profesión que he elegido. ¡Claro que lo sé hacer!

—Muy bien, *sheriff*. Cuando tenga esa orden, la moja con *whisky* y me la trae.

—No me hacen ninguna gracia sus bromas, Less. Ni a usted tampoco se la harán dentro de muy poco tiempo. Vaya dictando testamento, y no salga de la población si quiere evitarse disgustos.

—¿Más disgustos aún? Yo creí que había terminado el repertorio, *sheriff*. Pero está bien. Lo tendré en cuenta.

Introdujo tranquilamente las manos en sus bolsillos y contempló los otros pasquines que había junto a la puerta.

—Sam Bowler, doscientos dólares —deletreó—. Michael Larsen, ochocientos dólares. Larry Tensing, mil…

Se detuvo ante este último pasquín, en el que se reproducía la imagen de un hombre de unos treinta años, moreno, con una sonrisa cínica y un fino bigotito recortado.

—¿Es que le gusta la galería? —preguntó el *sheriff*.

—Psché.

—Pues parece que la mira con mucha atención.

—Me estaba fijando en que ese tipo, Larry Tensing, ya está maduro.

—¿Qué quiere decir?

Less arrojó pensativamente al suelo su medio cigarro y lo aplastó con la punta de la bota.

—Mal tabaco —dijo—; mal tabaco.

Y sé alejó lentamente.

* * *

Loma, después de bañarse en un hotel y comprar ropas nuevas en un almacén de la localidad, se encontró en Browley sin dinero y sin trabajo, pues no quería volver a su antiguo rancho a causa de lo que había sucedido.

Aunque ella no tenía ninguna culpa, y aunque merecía compasión y no reproches, llevaba la vergüenza y el dolor clavados en el alma.

Prefería quedarse en Browley, donde no era tan conocida, aunque en sus bolsillos ya no hubiera ni un solo dólar.

En busca de trabajo se dirigió al saloon de Pat Reynes, que era uno de los mejores de la ciudad y donde al menos había un letrero que prohibía entrar allí con armas, aun cuando nadie le hiciera caso.

Pat había sido un tipo de cuidado en su juventud, pero ahora ayudaba con buena voluntad a una muchacha en cuanto la veía desvalida. Por ese motivo también, Loma se dirigió hacia allí.

Después de sus anteriores arrebatos de desesperación y de furor, ahora caminaba con los ojos bajos y evitando, como avergonzada, la mirada de los hombres.

Realmente había algo en aquella pobre muchacha, maravillosamente joven y maravillosamente bonita, que incitaba a la compasión.

Pat Reynes estaba al fondo de su saloon casi vacío cuando ella entró.

Tres hombres que estaban sentados a una mesa, cerca de la barra, levantaron la cabeza al verla.

—¿Pat Rynes? —preguntó Loma en voz baja, dirigiéndose al dueño.

—Sí, muchacha. ¿Qué hay?

—Busco trabajo.

—Tengo completo mi cuadro de actrices y de bailarinas. No puedo admitir más. Y supongo que tú no serás de esas que quieran

pasearse por ahí, con un vestido de lentejuelas, entreteniendo a los hombres.

—No, no soy de ésas, aunque… lo mismo daría ya.

—Cuando hablas en ese tono es que quieres ganarte la vida honradamente. ¿Qué sabes hacer?

—Estaba como sirvienta en un rancho. Allí nos obligaban a trabajar en cualquier cosa.

—Podría emplearse en la limpieza del local por las noches, cuándo esto se queda solo hacia las tres de la madrugada.

—Haré lo que sea.

—No podré pagarte mucho al principio, pero si eres honrada procuraré que ganes más. Y comerás aquí.

—Yo no exijo nada; acepto lo que me den.

—De acuerdo. Entonces empezarás esta noche.

—Así lo haré… Y gracias.

Loma dio media vuelta, disponiéndose a salir, cuando vio que uno de los tres hombres sentados a la mesa, cerca de la barra, se había puesto en pie.

Era un tipo de unos treinta años, delgado pero fuerte, que sonreía de una forma cínica y llevada parte del rostro cubierto por una bien cuidada barba negra.

—Oiga, Pat… —susurró.

—Dígame.

—He oído no sé qué de que esta muchacha empieza esta noche. ¿Qué es lo que empieza? ¿A repartir besos?

—Ella no es de esa clase —dijo Pat.

Lorna iba a salir, deseando alejarse de allí, pero el hombre de la barba negra le pidió:

—Oye, nena, no te vayas.

Lorna no quiso oírle.

Fue a marchar más rápidamente aún, dirigiéndose hacia la puerta, pero el desconocido le puso una hábil zancadilla y la hizo caer de bruces, con un gran revuelo de faldas. Los otros dos hombres que estaban sentados a la mesa se pusieron también en pie, lanzando estentóreas carcajadas.

—Podrías emplearla como bailarina, Pat —dijo el de la barba.

—Más vale que la dejéis en paz.

—Pues yo insisto en que esta chica tiene madera de estrella. No

se ven muchas piernas como las suyas en esta parte de California. Vamos, muchacha, ponte en pie; yo te contrato.

Sujetó a Lorna por un brazo y tiró de ella violentamente. Intentó besarla, y, al resistirse la muchacha, la empujó brutalmente contra la barra. Ella salió como devuelta por el maderamen, y entonces el desconocido la golpeó salvajemente con los puños, en pleno rostro.

Lorna cayó al suelo, llorando, sabiendo que no podría defenderse.

Pero en aquel momento, desde la triste posición en que estaba, vio a alguien que acababa de entrar en el saloon. Vio unas botas negras y unos pantalones negros. Lo que había más arriba era negro también.

—La función no me gusta —dijo Less, desde los batientes—. Tendrá usted que cambiar el número, amigo.

Los tres hombres se volvieron instantáneamente hacia él, llevando las manos a la altura de los revólveres.

—No le gusta, ¿eh? —susurró el de la barba.

—No.

—¿Y qué cambio sugiere?

—Dejen salir a la muchacha y entreténganse bebiendo. Será lo mejor.

—¿Sí? Yo tengo otra idea.

—Pues expóngala.

—El que va a salir serás tú. Y tienes sólo un minuto para ponerte en movimiento.

—Saldré si me llevo a la chica.

—¿Es tu novia?

—No.

El de la barba lanzó una carcajada.

—Lástima. Si lo fuera, me gustaría aún más.

Hubo un extraño brillo en los ojos de Less, y Pat, el dueño del local, se creyó entonces en la obligación de decir:

—Usted, Burton… Se llama Burton, ¿verdad? No se meta en esto, muchacho. Son tres.

Pero Less Burton no había perdido su tranquila sonrisa.

—Tres —dijo—. Está bien.

—¿Por qué está bien? —preguntó el de la barba.

—Porque va a salirme un poco caro.

Los pistoleros rozaron ya sus culatas. Y por el modo como lo hicieron se adivinó que no tardarían ni una décima de segundo en disparar.

Lorna, desde el suelo, conteniendo las lágrimas, presenciaba la tensa escena.

Less empezó a retroceder poco a poco.

—¿Es que te vas? —preguntó el de la barba.

Less no contestó.

Seguía retrocediendo.

—Nunca hubiera podido creer que fueses un cobarde —susurró Lorna con voz vibrante—. Pero lo eres…

Less Burton pareció no oír el insulto.

Los tres hombres seguían con las manos en las culatas, y él, retrocediendo poco a poco, empujó los batientes con la espalda y salió.

Los tres pistoleros lanzaron al unísono una carcajada.

—¡Si todos tus amigos son así, ya puedes empezar a caer en mis brazos, muchacha! —rió el de la barba—. ¡Vamos! ¡Ven aquí!

Volvió a tirar brutalmente de Lorna, poniéndola en pie. Y ella pataleó, gimió, se retorció, pero al fin comprendió que iba a ser besada.

Fue justamente en ese momento cuando sucedió aquella cosa increíble.

Primero entró un hombre llevando un ataúd a la espalda.

Luego otro.

Y después otro.

Tres ataúdes.

En el local se hizo un espantoso silencio.

CAPÍTULO VI

—Bueno, ¿pero quién ha hecho esta broma? —Gruñó Pat, poniéndose lívido— ¿Quién…?

El que había entrado con el primer ataúd era el dueño de la funeraria, que estaba justamente al lado del saloon. La gente, al ver los dos establecimientos juntos, solía llamarles Antes y Después.

—Ha entrado un tipo vestido de negro con el dinero ya en la mano —dijo el de la funeraria—. El negocio es el negocio, Pat. Me ha comprado tres ataúdes, que estaban a la vista sin discutir el precio, y encima me ha dado dos dólares para que los trajéramos aquí antes de un minuto.

Los tres pistoleros contemplaban con los ojos muy abiertos el fúnebre obsequio.

—¿Para quién ha dicho que eran? —preguntó el de la barba.

—Para tres amigos suyos que estaban a punto de morir…

De pronto el dueño de la funeraria reparó en los tres pistoleros que estaban frente a él. Los miró uno a uno, temblando, y se dio cuenta del fúnebre significado de todo aquello. Castañeteaban sus dientes.

—Yo… —gimoteó—. Es el negocio… Yo… Buenos días, señores…

—¡Espere! —gritó el de la barba, a punto de sacar.

Pero en ese momento Less Burton apareció en la puerta.

—¿Para qué quieres hacerle esperar, Tensing? —preguntó—. ¿No es conmigo con quien deseas hablar?

El de la barba negra palideció al oírse llamar Tensing.

—Vas a México, ¿verdad? —preguntó calmosamente Less—. Y has creído que sustituyendo tu fino bigote por una poblada barba nadie te reconocería en esta tierra adonde llegan forasteros

continuamente. Pero para eso hay que tratar de no llamar la atención, Tensing. Y tú, al ver a una mujer sola y bonita, no has podido resistir la tentación de comportarte como siempre. Como un canalla.

Tensing había palidecido al ver los ataúdes, pero progresivamente se iba sintiendo más tranquilo. Al fin y al cabo eran tres contra uno. El duelo estaba decidido.

—Tú no me recuerdas —dijo tranquilamente Less—, pero yo fui quien, hace seis meses, en Arizona, te tendió una cuerda para que salieras del barranco en que estabas acorralado. Los agentes del *sheriff* te habían perseguido hasta allí después de asaltar tú un Banco, matando a uno de los empleados.

Tensing abrió la boca como si de pronto le costase hablar.

¡Claro que se acordaba de aquello! ¡La vez en que estuvo más cerca de morir!

—Tú… ¿tú fuiste aquel hombre? —Gruñó.

—Sí.

—¿Por qué me salvaste?

—¡Oh, cuestión de negocios!

—¿Qué clase de negocios?

—Muy sencillo. Entonces ofrecían por tu cabeza cuatrocientos dólares, y matarte me reportaba muy poco beneficio. Entonces te salvé para que la recompensa fuera creciendo. Ahora estás maduro. Ofrecen por tu cabeza mil dólares, que es mi tarifa mínima.

Larry Tensing había palidecido tanto que su barba negra destacaba como una mancha sobre la piel.

—¿Es eso lo que buscas? —jadeó.

—Claro, chato.

Tensing sacó primero, mientras se lanzaba de costado con la técnica de los mejores gun-men profesionales. Less disparó velozmente a través de la funda… ¡y falló!

La bala sólo arrancó a Tensing el lóbulo de una oreja, y en ese brevísimo lapso de tiempo los otros dos pistoleros sacaron también.

Si quería salvarse, Less debía saltar fuera del saloon y disparar desde el exterior. Pero así dejaba a Lorna a merced de los pistoleros, que podían emplearla como escudo. Y no quiso hacerlo.

Mientras sacaba ambas armas a la vez, se lanzó en tromba contra una de las mesas, rodando con ella en tanto las balas rasgaban el aire.

Los tres pistoleros lo vieron tan cerca que no supieron reaccionar a tiempo. Se apelotonaron con exceso. Less, desde el suelo, pudo tirar a bulto, sin apuntar demasiado, y alcanzó mortalmente a uno de ellos.

Luego saltó hacia la barra, mientras las sillas y la mesa que le habían servido de parapeto eran acribilladas a balazos. Sus movimientos eran tan rápidos que resultaba difícil seguirlos, aunque Tensing y su compañero tenían experiencia. Casi sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la barra, Less vació los cilindros de sus revólveres.

Alcanzados en varios puntos a la vez, Tensing y el otro pistolero vacilaron antes de caer. Tensing aún consiguió disparar, y al ver su gesto, Less tuvo que arrojarse a tierra para no ser alcanzado. La bala se clavó en la caoba de la barra. Con su revólver izquierdo, el recién comprado, Less disparó su última bala y atravesó el corazón de Tensing.

Ni una sola bala había alcanzado la cara o la cabeza de éste, pues Less Burton tenía el máximo interés en que su cadáver pudiera ser reconocido.

Eso formaba parte de su negocio.

Colocó los tres cadáveres en los tres ataúdes, que estaban cerca de la entrada, y luego dijo a Lorna:

—Tú, muchacha, lárgate.

Lorna había tenido que apoyarse en la barra de caoba, llevándose una mano a la cabeza.

—Yo no sabía… —susurró—. Creo que no te conocía aún, Less.

—Pues conociéndome no has ganado nada.

En aquel momento fueron empujados los batientes y entró el *sheriff*, seguido de su agente Landford.

Esperaba encontrar algún muerto, pero no tres, y encima metidos en sus ataúdes. De eso ni hablar. Por eso se quedó boquiabierto cuando contempló la increíble escena que se ofrecía a sus ojos en el saloon.

—Pero… ¿qué significa esto? —farfulló.

—Una discusión, *sheriff* —dijo tranquilamente Less.

—¿Ha matado a tres hombres? ¿Sabe que eso significa la horca o la cárcel para muchos años?

—No sólo espero no ir a la cárcel, sino que además usted me tendrá que abonar mil dólares.

—Mi… mi… ¿Mil dólares?

Por primera vez en su existencia, el *sheriff* Laxon no sabía lo que estaba diciendo.

—Mire bien al tipo de la barba. Es Larry Tensing, reclamado en este condado y en todos los vecinos, y por cuya cabeza se ofrecen mil dólares. Yo le he matado y por consiguiente yo los cobro.

—Pero…

Landford se dio entonces una palmada en la frente.

—Jefe, este tipo dice la verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Diablos, ahora acabo de recordar quién es! Tiene en Arizona y Texas más fama que el coronel Colt, inventor del revólver que todos usamos. ¡Porque el hombre que tiene delante es Mil Dólares Burton, el hombre con el oficio más raro de todo el Oeste: un tipo que se dedica a seguir a los criminales y a matarlos cuanto la recompensa que por ellos ofrecen pasa de los mil pavos!

CAPÍTULO VII

Less Burton entró en el saloon y se acercó a la barra, apoyándose en ella calmosamente.

Habían transcurrido veinticuatro horas desde que matara a tres hombres allí mismo, uno de los cuales era el temido Larry Tensing. El saloon, como entonces, estaba casi vacío.

Pat, el dueño, se aproximó.

—¿Qué quiere beber?

—*Whisky* del más caro.

—Supongo que tiene dinero… —rió Pat.

Less hizo sonar el bolsillo derecho de su camisa, donde crujieron un montón de billetes.

—Tengo veinte billetes de a cincuenta dólares —dijo—. El *sheriff* Laxon será lo que sea, pero paga con puntualidad.

—Mil dólares es mucho dinero. No hizo mal negocio.

—Pero tuve que pagar los ataúdes. Aquél fue un gasto extra.

—¿Ha pensado, Less, que con ese trabajillo cualquier día le liquidarán a usted?

—Claro que lo he pensado. Pero con los negocios se gana y se pierde, ¿no?

Bebió un primer vaso de *whisky*.

—Tome, Pat —dijo, sacando dos billetes de a cincuenta dólares —. Uno para Lina y otro para Lorna. Esto es para que puedan resistir al menos una semana, hasta que encuentren un trabajo digno.

—¿Olvida que Lina le denunció y le metió en un buen lío? El juez aún tiene por firmar la orden de detención. Y si la firma, el *sheriff* Laxon no vacilará en meterle entre rejas, a pesar de saber quién es usted. Todo por culpa de Lina.

—Ella lo hizo sin mala intención. Creyó que yo era algo así como un pistolero a sueldo de Patrick, o al menos alguien que quería ganarse los favores de éste.

—Veo que es galante con las damas, Less.

—Sólo lo indispensable para que no me den más bofetadas de las que ya me endosan.

Pat lanzó una carcajada.

—Bueno, pues a ver si tiene más suerte con la que le espera arriba.

Less hizo una mueca, dejando el vaso sobre la barra.

—¿A mí? ¿Es que a mí me espera alguien?

—Una dama.

—¿Y quién es? ¿La hija del verdugo?

—No. Ya la verá. Le está aguardando desde hace unos veinte minutos en el reservado del piso superior, porque dijo estar segura de que usted vendría por aquí. Ha encargado una botella de champaña.

—¿Queeeeé…?

—Supongo que pretende conquistarle como a una doncella inocente. Pero espero, Less, que no se dejará usted engañar.

Y Pat, el dueño del saloon, lanzó una carcajada.

Less subió al piso superior, donde había un solo reservado. Abrió la puerta sin llamar y parpadeó.

La mujer que estaba en el diván, comprobando la carrera de una media, se bajó la falta apresuradamente.

—¿Less Burton? —preguntó con una sonrisa helada.

—Yo mismo. Siento haberla molestado en su interesante trabajo. Continúe, por favor.

—Lo he terminado.

—¡Qué lástima!

Less destapó, sin pedir permiso, la botella de champaña —una marca francesa de las que raramente se veían en California— y sirvió dos copas, bebiendo la suya de un solo trago.

Luego, contempló a la mujer.

¡Hermoso ejemplar de veinticinco años, demonios!

Vestía como una señorita, y las ropas hechas a medida resaltaban aún más las líneas tentadoras y potentes de su cuerpo. Era rubia, con cabello de hada. Pero sus ojos grises tenían una

mirada glacial; la mirada de una mujer muerta o la de una mujer que mata.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre.

—Me llamo Linda Patrick.

—¿Hermana de… Patrick, el fugitivo?

—Sí.

Less bebió una segunda copa de champaña.

—¿A qué ha venido?

—Quería conocerle, Less Burton.

—Estoy acostumbrado a que las damas se desvivan por tenerme delante suyo.

—¿Para qué? ¿Para declararle su amor?

—¡Oh, no! Para matarme.

Ella rió sin ganas. Su sonrisa era tan helada como la mirada de sus ojos.

—Yo no he venido ni para una cosa ni para la otra, Less.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Advertirle.

Less se sentó enfrente de ella, sin mirarla.

—Está enterada de lo de ayer, ¿verdad?

—A estas horas lo sabe ya medio California.

—Yo no tengo la culpa.

—Mató a tres hombres —dijo ella rencorosamente— y uno de esos hombres era Larry Tensing, a quien había salvado una vez. ¿Por qué lo salvó hace un año y sin embargo lo mató ayer?

—Porque estaba ultrajando a una pobre muchacha.

—Ésa no es más que una parte de la verdad. La otra parte es la siguiente: hace un año, cuando le salvó, Larry Tensing no le hubiera significado más que una recompensa insignificante. Pero como tenía madera de forajido, usted resolvió darle cuerda. Y cuando la recompensa subió a mil dólares, tope mínimo que usted mismo se ha impuesto, lo mató y entregó su cadáver al *sheriff* como quien entrega una pieza de caza.

—Es que Tensing era exactamente eso para mí —dijo tranquilamente Less—: una pieza de caza.

—¿Y mi hermano qué es?

Less no contestó.

—A mi hermano lo salvó usted —dijo Linda Patrick—, cuando

los hombres del *sheriff* se preparaban para colgarlo. Ahora ofrecen quinientos dólares por su cabeza. Cuando la recompensa suba a mil, ¿qué sucederá?

—Su hermano tiene un hermoso sistema para liberarse —dijo Less.

—¿Qué sistema?

—Puede entregarse y así evitará que suba la recompensa ofrecida por su cabeza.

—Usted sabe que el delito que cometió se castiga con la muerte.

—Y a mi entender con mucha razón. Además, el *sheriff* Laxon, que es un temperamental, le hubiera matado ayer en el acto. Hoy también le mataría, basándose en que las leyes de California permiten aplicar la pena de muerte instantánea para esos delitos. Pero mañana puede que esté más calmado, y dentro de una semana quizá entregaría a Patrick al juez para un proceso ordinario, con lo cual la pena de muerte ya no sería tan segura. De modo que si su hermano quiere salvarse aún puede hacerlo.

Linda Patrick se mordió los labios nerviosamente.

—Mi hermano nunca se entregará.

—¿Por qué?

—Somos una de las familias más ricas e influyentes de California. Tenemos montañas de dinero, para que se entere, y los mil cochinos dólares que usted piensa ganar con la cabeza de un hombre los quemamos nosotros para encender un cigarro. En nuestra casa hay más de cuarenta criados mexicanos que nos besarían los pies si se lo pidiésemos. ¿Y quiere que un Patrick se entregue al juez para que éste le haga atar las manos a la vista de todo el mundo y luego se digne condenarle a la hora o meterle entre rejas hasta que se lo coman las ratas?

Ahora brillaban los ojos grises de la mujer. Toda ella estaba tensa y vibrante como una llama. «Muy apasionada, a pesar de su falsa frialdad —pensó Less—. Podría convertirse en una fiera…».

—Su hermano destrozó la vida de una mujer honrada —dijo Less —. Merece que lo ahorquen.

—¡No fue él sólo quien lo hizo!

—Más cobarde todavía. Y en cuanto a los otros dos, ya han pagado con la vida. ¿Por qué no ha de pagar él?

Linda Patrick se puso en pie, con los puños apretados como un

hombre.

—¡Basta ya, Less Burton! ¿Qué se propone?

—Usted misma lo ha dicho: esperaré sentado a que suba la recompensa ofrecida por Patrick, y entonces…

Se pasó un dedo índice en torno al cuello, como señalando la marca que suele dejar la soga. Y luego continuó:

—Puede que lo haga ahorcar o que me digne matarle yo mismo. No todos tienen ese honor.

—¡Usted es un canalla, Less! ¡No persigue a los criminales para ayudar a la Ley, sino tan sólo para ganar dinero!

—Me maravilla que ahora me vengas con esos escrúpulos, preciosa —dijo él, cambiando el tono de la voz—. Si yo extermino a un criminal y encima gano dinero, ¿qué mal hay en ello?

—Está bien; usted se lo está buscando.

—¿Qué es lo que me busco?

—Le he dicho al principio que venía a advertirle. Y mi advertencia es: lárguese inmediatamente de California o antes de veinticuatro horas estará dentó de un ataúd de caoba que compraré yo misma.

—¿Te ha enviado tu madre a decirme esto?

—El me ha enviado a hacer la advertencia, pero lo del ataúd de caoba lo he añadido yo. Y no tomes en balde esa advertencia: mi padre tiene más de ocho pistoleros a sueldo.

—Ya puede.

—¿Qué quiere decir ese desdeñoso ya puede?

—Que robó sus tierras a los mexicanos y ha sido cuatrero antes de decidirse a ser hombre importante.

—Muchos han comenzado siendo cuatreros —dijo Linda Patrick con desdén—. Y en cuanto a las tierras de los mexicanos… ¿para qué las querían ellos? ¿Quiénes son? ¡Inmunda raza de esclavos…!

Less palideció un poco.

—Ya sé que eso te sabe mal —dijo Linda con más desdén, aún, casi escupiendo las palabras.

—¿Por qué había de saberme mal?

—Porque tu madre era mexicana. Sé muchas cosas sobre ti. Ayer no te recordaba nadie. Hoy todos saben la historia de Mil Dólares Burton, el cazador de asesinos.

Less intentaba mantener la calma.

—No veo que haya nada de malo en que mi madre fuese una mexicana —silabeó.

—No, claro. Nada de malo. Pero el hijo de una mexicana es como el hijo de una esclava. O mejor aún: como el hijo de una perra.

Después de lanzar el insulto, Linda retrocedió un paso mientras observaba la reacción del hombre.

Pero se quedó asombrada. Less Burton sonreía. Sus labios formaban un dibujo agradable y casi alentador. Se puso en pie y se acercó a ella, sin dejar de sonreír.

—Ven aquí, preciosa —susurró.

Y antes de que Linda pudiera evitarlo, se sintió estrujada por sus brazos poderosos, sometida, esclavizada por la fuerza de aquel hombre convertido en un titán… deseoso de amarla. Cuando él la besó, Linda Patrick ni tan siquiera se atrevió a ofrecer resistencia.

Nunca un hombre la había tratado así. ¡Nunca!

Una misteriosa pasión, desconocida hasta entonces, se insinuó en sus fibras más ocultas.

Y cuando iba a corresponder al beso, Less la apartó de sí. La apartó con desprecio y le cruzó el rostro de una seca bofetada.

Linda Patrick cayó a tierra, con los labios bañados en sangre.

—Adiós, muchacha —dijo Less, sin volver la cabeza.

Y salió de la habitación.

CAPÍTULO VIII

Landford, el agente del *sheriff*, acarició las cultas de sus revólveres mientras miraba al hombre que tenía frente a sí.

A la luz incierta del anochecer, el polvo de la calle había adquirido un color ocre. Los dos hombres, quietos en el centro, se espiaban mutuamente.

—¿A qué has venido? —preguntó Landford.

—¿Es que uno no puede venir a esta ciudad cuando le dé la gana? —Gruñó el forastero.

—Tú no.

—¿Y por qué yo no?

—Porque eres un cochino espía.

El forastero lanzó una carcajada.

—Está bien, Landford; si has bebido demasiado, yo no tengo la culpa. Déjame pasar de una maldita vez.

Pero Landford no se movió.

—¿Te envía Patrick? —preguntó en voz baja.

—¿Patrick? ¿Y por qué había de enviarme él? He venido aquí por mi propia voluntad.

—Todos sabemos cómo te ganas la vida, Steve —dijo Landford —. Eres una miserable rata, un tipejo vendido al oro de los Patrick y especialista en lamer ojos de cerradura. Un espía a quien pagan para que informe confidencialmente sobre lo que a ellos les interesa. ¿Para qué te han enviado esta vez aquí? ¿Para saber si vamos a perseguir a Patrick o si vamos a esperar aún a que salga de las montañas?

Steve palideció un poco.

—¡No eres más que un entrometido, Landford! ¡Hablas demasiado, y eso es pedir a gritos que te envíen a la tumba!

—¿Sí? ¿Y por qué no me envías tú?

Steve rozó también las culatas de sus revólveres.

Era joven y estaba acostumbrado a disparar. No temía a Landford.

—¡Saca! —rugió.

Los dos hombres se movieron a la vez. Landford fue más rápido, y su revólver crepitó un segundo antes que el de su enemigo. Con el corazón atravesado, Steve cayó de bruces. Landford disparó otra vez, clavándole una segunda bala exactamente en el mismo lugar que la primera.

Luego guardó su «Colt».

—Buenos disparos —dijo Less Burton, desde uno de los porches —. Pero más te hubiera valido hacer hablar a ese hombre, en lugar de matarle.

—No hacía falta. Sé a qué venía. El viejo Patrick le había enviado desde su rancho para que averiguara algo sobre lo que pensamos hacer con su hijo. Eso significa que piensan sacarle de su guarida de las montañas y enviarle lejos, al Este tal vez. ¡Por mil diablos! ¡Si llegaran a hacer eso, se nos escaparía de entre las manos para siempre!

—Seguro que Patrick no está acostumbrado a vivir en la montaña —dijo Less—. Era un auténtico señorito.

—Sí, y habrá pedido ayuda por eso. Ya le oigo diciendo a su papá: «¡Sácame de aquí y dame una cama con sábanas de seda!».

Desde los porches, todos los que habían contemplado el desafío rieron escandalosamente.

Less arrojó sobre el muerto una moneda de plata, y el agente de pompas fúnebres se apresuró a hacerse cargo del dinero y del cadáver. Luego Landford desapareció, como tragado por la noche y Less Burton regresó al interior del saloon donde había estado bebiendo.

Se sentó ante una mesa y se puso a hacer solitarios, bebiendo de vez en cuando un trago de su botella de *whisky*. Nadie se acercaba a él, pues una de las reglas de la prudencia en las viejas ciudades del Oeste era dejar tranquilos a los pistoleros profesionales. Y Less, que no tenía sueño, estuvo haciendo solitarios hasta el alba.

Bajo la luz lechosa del amanecer, los últimos borrachos se juntaron entonces con los primeros vaqueros madrugadores que

salían hacia los campos.

Less Burton, después de haber despachado botella y media de *whisky*, se encaminó lentamente a la oficina del *sheriff*.

Laxon estaba detrás de su mesa y tenía cara de vinagre, a pesar de que delante de él había una botella de ron casi vacía.

—¿Qué quiere, Burton? —Gruñó.

—Pura curiosidad. Saber si el juez ha firmado al fin la orden de detención contra mí.

—No se ha decidido aún. Y crea que lo siento.

—¿Por qué pone esa cara de hiena hambrienta, *sheriff*?

—Por Landford.

—¿Es que le ha sabido mal que matara a Steve? Ha sido un duelo legal; yo puedo acreditarlo.

—No, no es por eso. Lo que ocurre es que Landford ha cometido esta noche la primera falta de disciplina de toda su vida. Tenía que relevarme a la una de la madrugada para continuar la guardia él, y no ha aparecido por aquí.

Less hizo una mueca.

—¿Cómo?

—Yo también estoy extrañado. Landford era un tipo muy rudo, pero disciplinado hasta la muerte. El mejor ayudante que tengo. Pero esta noche se ha emborrachado o se ha dejado engatusar por una mujer, aunque es extraño…

Less dio media vuelta encaminándose hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Adónde va, Burton?

—A emborracharme yo también, *sheriff*.

Una vez en la calle, los primeros rayos del sol se desparramaron sobre su rostro. Haría un buen día, un día de cielo despejado y azul. Less se dirigió en línea recta hacia el cuchitril de Mike, el ciego.

Mike había perdido la vista cuatro años antes a consecuencia de un balazo en la cabeza, y había perdido también el sueño. Prácticamente, le bastaba con dormir un par de horas al día. El resto, y la noche entera, lo pasaba sentado en el porche de su casa. Y a pesar de su ceguera, era fama que conocía al dedillo todo lo ocurrido en la población, siendo algo así como un periódico viviente.

Less le encendió un cigarro, se lo puso en la boca, y el otro le dio una chupada.

—¿Te enteraste del desafío de anoche, Mike? —preguntó.

—Claro que sí. ¡Qué pregunta! Landford contra Steve.

—¿Qué hizo después Landford?

—Fue a la oficina del *sheriff*. Escuché sus pisadas en esa dirección. Las espuelas de Landford resultan más cantarinas que las otras; son inconfundibles.

—¿Qué hizo luego?

—Regresó. Le oí montar a caballo aquí enfrente mismo, porque tenía su corcel en este amarradero. Dijo en voz alta que alguien se iba a acordar de esta noche.

—¿Hacia qué lado de la calle principal fue?

—Hacia mi izquierda.

Less no necesitaba saber más. La izquierda era la dirección que se tomaba para ir al rancho más importante de la comarca, el rancho de los Patrick.

Depositó una moneda de plata en la mano del ciego.

—Gracias, Mike.

—Si estás pensando lo mismo que pienso yo, mejor será que no vayas, muchacho.

—¿Qué piensas tú?

—Pienso en Rancho Patrick.

—Yo también —rió, Less—. Pero estoy buscando empleo. ¿No es ése un buen sitio?

Sin una palabra más, fue a la cuadra pública donde tenía su caballo, lo ensilló y se dirigió al galope tras las huellas de Landford.

Cuando llegó a la vista de Rancho Patrick, el sol ya estaba alto y sus rayos empezaban a quemar. A consecuencia del ejercicio que representaba su largo galope, la camisa negra de Less había empezado a pegarse a su cuerpo. Pero cuando estuvo a la vista del rancho frenó la montura.

Situado en uno de los lugares más verdes y hermosos de California, el rancho tenía un aspecto de verdadero paraíso. Los edificios centrales, donde vivía Patrick eran suntuosos. Todo lo que la vista abarcaba —¡cerca de trescientos mil acres!— pertenecía a aquel hombre.

Less pensó que de poco sirve tanta riqueza cuando uno la ha ganado robando y no ha podido ni siquiera evitar con ella que su hijo sea un violador y un asesino.

Pasó bajo el arco de entrada sin que los dos hombres armados con rifles que siempre había allí le pusieran el menor obstáculo. Se encaminó hacia los edificios centrales del rancho, y entonces, al mirar sobre su cabeza, por entre los árboles, distinguió algo que por unos segundos le heló la sangre en las venas.

¡Buitres!

¡Buitres trazando sobre los árboles sus negros círculos de muerte!

* * *

Pero esta noche se ha emborrachado o se ha dejado engatusar por una mujer, aunque es extraño…

Less dio media vuelta encaminándose hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Adónde va, Burton?

—A emborracharme yo también, *sheriff*.

Una vez en la calle, los primeros rayos del sol se desparramaron sobre su rostro. Haría un buen día, un día de cielo despejado y azul. Less se dirigió en línea recta hacia el cuchitril de Mike, el ciego.

Mike había perdido la vista cuatro años antes a consecuencia de un balazo en la cabeza, y había perdido también el sueño. Prácticamente, le bastaba con dormir un par de horas al día. El resto, y la noche entera, lo pasaba sentado en el porche de su casa. Y a pesar de su ceguera, era fama que conocía al dedillo todo lo ocurrido en la población, siendo algo así como un periódico viviente.

Less le encendió un cigarro, se lo puso en la boca, y el otro le dio una chupada.

—¿Te enteraste del desafío de anoche, Mike? —preguntó.

—Claro que sí. ¡Qué pregunta! Landford contra Steve.

—¿Qué hizo después Landford?

—Fue a la oficina del *sheriff*. Escuché sus pisadas en esa dirección. Las espuelas de Landford resultan más camarinas que las otras; son inconfundibles.

—¿Qué hizo luego?

—Regresó. Le oí montar a caballo aquí enfrente mismo, porque tenía su corcel en este amarradero. Dijo en voz alta que alguien se iba a acordar de esta noche.

—¿Hacia qué lado de la calle principal fue?

—Hacia mi izquierda.

Less no necesitaba saber más. La izquierda era la dirección que se tomaba para ir al rancho más importante de la comarca, el rancho de los Patrick.

Depositó una moneda de plata en la mano del ciego.

* * *

Less Burton se pasó la lengua por sus labios secos.

Sí, eran buitres, no había duda, aunque estaban a más de una milla de distancia. Los conocía demasiado bien. ¿Pero qué hacían allí? ¿Por qué iba a haber buitres en uno de los ranchos más ricos de California?

Less espoleó su caballo y fue a dirigirse al galope hacia la zona de árboles sobre la que los siniestros pajarracos estaban volando.

Pero en aquel instante, a su espalda, se oyó una fría voz de mujer:

—No te des tanta prisa, Less. ¿O es que tienes mucha curiosidad por saber lo que significan esos buitres?

Burton reconoció la voz de Linda Patrick.

—¡Levanta los brazos! —rugió ella a continuación, exasperada —. ¡Levántalos o te meto una bala en la cabeza!

CAPÍTULO IX

Less Burton no hizo caso. Nunca hacía caso cuando la que mandaba era una mujer.

Se volvió y dijo entre dientes:

—Buenos días, chata.

Ella lanzó una especie de grito y disparó su rifle, enviando la bala entre las patas del caballo, que se encabritó ligeramente. Pero Less lo dominó hábilmente con las rodillas sin mover los brazos.

Entonces se volvió sobre la silla.

Linda Patrick había estado oculta detrás de unˆ caseta de herramientas, y ahora le apuntaba con un «Winchester» de repetición último modelo. No estaba ella sola, sino que detrás suyo había dos hombres más, ambos empuñando revólveres.

—¿Es que te gustaron los besos del otro día? —preguntó burlonamente Less—. ¿Quieres repetir?

Ella levantó el rifle un poco, como si fuera a disparar otra vez, y ahora sobre el joven. Pero Less no se inmutó.

—¿Y traes a estos dos como testigos? —preguntó con el mismo tono burlón.

Linda Patrick empezaba ya a cerrar el dedo sobre el gatillo, con un movimiento impulsivo, y la derecha de Less voló hacia uno de los revólveres. Pero la voz de uno de los hombres detuvo ambos movimientos.

—No estropee la función, señorita —dijo esa voz.

—¿Qué función? —preguntó Less Burton.

—Baja de tu caballo y lo sabrás.

Less desmontó. No tenía inconveniente.

—Ahora deja caer tus revólveres.

—¿Creéis que voy a entregarme como un corderito?

—Tú eres de los que, cuando hacen una cosa, no miden el riesgo —dijo Linda, escupiendo las palabras—. Querías saber lo que había sido de Landford y has venido hacia aquí, sin preocuparte de nada más. Ahora debes atenerte a las consecuencias.

—Nunca he calculado mis actos —rió Less—, pero sigo vivo.

—Por poco tiempo.

—¿Sí?

Burton sabía que tenía allí a tres enemigos apuntándole ya, pero no se amilanó. Todos los enemigos que hasta ahora había tenido enfrente, estaban cantando salmos en el Más Allá.

Sus manos volaron hacia los revólveres.

Se oyeron dos estampidos, y los «Colt» volaron hechos astillas de acero antes de que llegaran a salir de las fundas.

Los dos hombres que estaban con Linda Patrick eran auténticos pistoleros profesionales, y dominaban bien su oficio. Less se dio cuenta de que desde el primer momento habían estado apuntando a sus fundas pistoleras, y no tuvieron más que apretar los gatillos al hacer él el primer movimiento sospechoso.

—Buenos disparos —dijo Less, por todo comentario.

Linda Patrick, al verle desarmado, lanzó una carcajada. En aquella carcajada hubo algo de hiriente y brutal. Soltó su rifle, se acercó a Less y se puso a golpearle en la cara con todas sus fuerzas, hasta que tuvo que cesar, porque le faltaba el aliento y le dolían las manos.

También por otra causa: porque Less Burton no había dejado de sonreír, contemplándola con una expresión burlona. Y había en sus ojos una mirada de desafío que Linda Patrick quedó sin respiración.

En aquel momento tuvo deseos de gritar a sus dos pistoleros: «¡Acribilladle!».

Pero debía tener paciencia. Reservaba a Less Burton algo mucho mejor.

—¡Andando! —le gritó.

—¿Andando hacia dónde?

—Al mismo sitio donde querías dirigirte cuando te hemos sorprendido nosotros.

Less miró por encima de los árboles. Los buitres seguían evolucionando, pero en círculos cada vez más amplios, lo que indicaba que se estaban alejando de su víctima.

Echó a andar.

Los dos hombres y la mujer le siguieron, sin dejar de apuntarle. Y en el silencio del rancho no se escuchó durante unos minutos más que el tintineo cantarín de sus espuelas.

Llegaron a un punto en que los árboles cesaban para dejar paso a una especie de plaza seca y polvorienta. Desde lejos daba la sensación de que los buitres evolucionaban sobre los árboles, pero en realidad habían estado trazando sus círculos sobre aquella zona polvorienta.

Les los contempló antes de querer bajar los ojos hacia la tierra. Vio que todavía evolucionaban, siniestros y agoreros, como negándose a marchar.

Entonces Less Burton bajó la mirada.

Y a pesar de todo lo que había visto hasta entonces, a pesar de que sus enemigos muertos formaban legión en sus tumbas, no pudo evitar una exclamación de horror.

* * *

En mitad de aquella especie de plaza polvorienta, había un vallado redondo de madera que servía sin duda para probar a los potros.

En mitad de ese vallado, una estaca clavada en tierra.

Y atado a ella, un hombre.

Mejor dicho: había sido un hombre.

Ahora no era más que un esqueleto.

Los buitres, que ahora evolucionaban cada vez a más altura, se habían dado un siniestro y horrible festín. Nada de carne ni de piel quedaba sobre los huesos de aquel esqueleto. Sólo apenas unos jirones de ropa. Y por esos jirones, Less Burton reconoció a Landford.

Después de la primera exclamación de horror, no hizo un solo gesto, no dijo una sola palabra.

Linda Patrick sonreía. Los dos pistoleros que estaban a su espalda sonreían también.

Less se volvió, y la primera pregunta que partió de entre sus labios secos fue bien inesperada:

—¿Cómo habéis atraído a los buitres hasta aquí?

—Trayendo a muy poca velocidad un camero muerto en la

llanura —dijo Linda Patrick sin perder la sonrisa—. Los buitres siguen a la carne muerta como tú sigues a las mujeres vivas.

—Y a Landford…, ¿cómo lo habéis traído?

—Vino él mismo.

—¿Por qué?

—Creía que mi hermano estaba aquí y ansiaba ser él el primero en ponerle la soga al cuello.

—¿No luchó antes de que lo apresarais?

—Como una fiera. Mató a dos hombres.

Entrechocaron los dientes de Less Burton.

Landford había tenido, al menos, el consuelo de llevarse por delante a dos pistoleros. El no; él ni eso podría hacer.

Una rabia sorda, una ira impotente y brutal le dominaba, aunque no lo reflejase en su rostro.

—¿Puedo preguntar otra cosa? —susurró.

—¿Es que quieres saber si vamos a perdonarte la vida? —rió Linda Patrick.

—No. Y si quieres un consejo, nunca perdones la vida a un hombre que te puede matar, Linda Patrick. Sólo quiero saber si al ser atado a ese poste, Landford estaba muerto… o vivo.

La mujer y los dos hombres que estaban tras ella rieron brutalmente.

—Pongamos… moribundo —dijo Linda—. Creo que se ha dado cuenta de lo que le pasaba, por lo menos al principio. Después… la cosa ha durado muy poco.

Rechinaron los dientes de Less Burton.

—Juro que te mataré, Linda Patrick. Nunca he matado a una mujer, pero tú serás la primera. Y da gracias a Dios si me contento vaciándote la cabeza a balazos en vez de colgarte de una cuerda.

—¿Crees que tus palabras me asustan? —rió ella otra vez—. Sé que has venido solo, porque hemos estado espiándote durante todo el camino. Pero aunque te hubieras traído al *sheriff* y a los otros dos agentes que le quedan…, ¿de qué serviría? Hay en este rancho más de treinta hombres armados, y a ninguno de ellos le importará matar a un *sheriff* si yo se lo ordeno. ¡Mi padre Josuah Patrick, y yo, Linda Patrick, somos aquí la Ley!

—He venido solo —dijo sordamente Less—. Y no tengo revólveres. Pero aun así juro que te mataré.

El tono de sus palabras, y sobre todo la luz negra de sus ojos, hicieron palidecer a una de las más ricas herederas de California.

Tardó en reaccionar. Sólo se animó al recordar que tenía dos pistoleros profesionales a su espalda.

—Landford ha sido atado a ese poste cuando estaba moribundo —dijo escupiendo las palabras—, pero tú serás atado bien vivo. ¡Mira los buitres que aún evolucionan sobre tu cabeza! ¡No tardarán en caer de nuevo sobre su segundo festín! ¡Y mañana tendré la humorada de enviar dos esqueletos a la ciudad e invitar al entierro al *sheriff*, diciendo que son dos de mis peones! ¡Hasta te regalaré una corona en forma de corazón, maldito Burton!

Burton no pestañeó. Sabía que todo aquello era cierto, que todo aquello iba a suceder.

Mientras uno de los pistoleros le apuntaba, el otro quiso colocarse tras él para atarle las muñecas.

Less se volvió con la velocidad del rayo, moviendo su brazo izquierdo como un molinete. El pistolero fue alcanzado en el mentón y vaciló, mientras el otro disparaba. La bala sólo’ rozó a Less que se había abalanzado ya sobre el cuerpo de su enemigo.

Los dos rodaron por tierra, sin que el otro pistolero se atreviese a disparar contra el confuso montón que formaban.

—¡Tira! —rugió Linda Patrick, fuera de sí—. ¡Tira y mátalos a los dos!

El pistolero fue a apretar el gatillo cuando en ese momento una serie de luces anaranjadas empezaron a brotar ante sus ojos.

No se dio cuenta de que su cabeza volaba hecha pedazos.

No pudo darse cuenta tampoco de que Less se acababa de apoderar del revólver de su compañero, haciendo fuego con él.

El pistolero vivo intentó levantarse para huir, ciego de terror, pero Less lo dejó seco de un balazo en la nuca.

Linda Patrick no sabía qué hacer con el rifle entre sus manos. Era un arma demasiado pesada e ineficaz a aquella distancia. Vio el negro ojo del revólver de Less apuntándole a la cabeza.

Supo que él dispararía. Que no iba a tener compasión.

En aquel momento alguien, desde una distancia de treinta yardas, hizo fuego contra Less, y la bala, que iba destinada a atravesarle la cabeza, se la rozó tan sólo. Pero eso bastó para que el

joven perdiera el mundo de vista durante unos segundos, con una sensación de vértigo. El revólver cayó de entre sus dedos.

Linda Patrick, con una expresión de rabia satánica, apretó el gatillo de su «Winchester».

Pero estaba tan nerviosa que la bala se clavó en el suelo, entre las piernas de Less, sin tocarle.

Josuah Patrick, el padre de Linda, que era quien había hecho fuego con otro «Winchester», gritó:

—¡Dale un puntapié al revólver!

Linda así lo hizo, y el «Colt» quedó fuera del alcance de Less.

Cuando el joven pudo levantarse, varios vaqueros habían caído ya sobre él. Josuah Patrick lo golpeó en el cráneo con la culata y ordenó a sus hombres:

—¡Pronto! ¡Al poste con él!

Los disparos habían asustado a los buitres, que estaban ahora muy altos. Pero era seguro que volverían al ver inmóvil a su nueva víctima.

—¡Al poste! —repitió Josuah Patrick.

Less fue llevado a empujones hasta el centro del cercado, donde algunos vaqueros desataron el esqueleto, para colocarle a él en su lugar.

—¡Vosotros no sois vaqueros, sino granujas! —Silabeó Less—. ¡Estáis a sueldo de un asesino!

—¿Y qué? —rió uno de ellos—. ¿Vas a matarnos también y luego cobrarás el precio de nuestras cabezas?

—Puede que espere a que el precio suba.

—¡Pues empieza a esperar ahora!

Entre todos le ataron fuertemente. Luego se retiraron hacía el vallado, disponiéndose a contemplar aquello como un espectáculo. Algunos abandonaron incluso sus rifles, apoyándolos en los árboles que limitaban la plaza, para estar más cómodos. Linda Patrick y su padre Josuah ocuparon un lugar de honor.

Todos guardaron silencio para que los buitres que evolucionaban a gran altura volvieran a adquirir confianza.

Less Burton se entretuvo en mirarles uno por uno. Nada dijo. Pero todos, al sentir su mirada negra resbalarles por el rostro, tuvieron un estremecimiento. Algo así como el frío de la muerte les penetró en la espalda.

Pareció por unos instantes que los que estaban destinados a morir fuesen ellos, no Less Burton.

Pero se animaron cuando los buitres empezaron a acercarse. La tensión aumentó. Brillaron los ojos crueles de Linda Patrick.

Una pareja de los siniestros pajarracos se posó ya en una rama del más cercano árbol.

Hubo un instante de temible tensión, de insoportable silencio.

Todos sabían que Burton estaba perdido.

Linda Patrick lanzó una carcajada cuando uno de los buitres se lanzó al ataque y Less pudo rechazarlo de un puntapié.

Porque el otro atacó en seguida también.

Hubo entre los espectadores un grito de júbilo.

Y en ese momento sonó un disparo y la cabeza del buitre saltó hecha pedazos.

CAPÍTULO X

¡Bang!

Un nuevo disparo restalló sobre las cabezas de los espectadores, haciéndoles agacharse instintivamente. El segundo buitre, que se lanzaba al ataque también, recibió el proyectil en el centro de su plumaje y quedó casi a los pies de Less Burton, batiendo alas siniestramente, mientras sus plumas negras se iban tiñendo de una horrible sangre roja.

Less volvió la cabeza.

Todos le imitaron.

Después de acercarse sin ser vista por entre los árboles que rodeaban la plaza, una mujer estaba sobre un pequeño montículo de un par de yardas de altura, desde donde los dominaba a todos. Un rifle descansaba entre sus manos, y a sus pies había otro de los que los vaqueros dejaron apoyados en los árboles. Una fría mueca de decisión estaba impresa en su rostro mientras movía suavemente el rifle para encañonarles a todos.

Less estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa.

Porque aquella mujer era Lina, la rubia y juvenil criada mexicana con la que Patrick estaba cuando le rodearon los hombres del *sheriff*.

Uno de los vaqueros susurró:

—¡Vaya! Una mujer…

Quiso hacerse el guapo disparando a través de la funda y desarmándola delante de todos. Pero Lina inclinó un poco el cuerpo y apretó el gatillo con pasmosa rapidez, apuntando a la cabeza del hombre. Éste recibió el balazo en mitad de la frente y cayó lanzando un alarido.

En ese mismo instante, otro hombre había sacado ya su «Colt».

Llegó a disparar, pero sin tener tiempo para precisar el tiro. Lina, que movía la palanca de carga del rifle con una pasmosa velocidad, le envió dos balas a la altura del corazón. Y el vaquero cayó también, mortalmente herido, escupiendo sangre por entre sus labios.

Dos hombres muertos en menos de diez segundos eran demasiados. Todos se quedaron pasmados, atónitos, sin ni tan siquiera darse cuenta de que la muchacha ya había gastado cinco balas de un mismo rifle y estaba por tanto en situación desesperada. Su vacilación dio tiempo a Lina para inclinarse y tomar el segundo «Winchester».

—No he venido aquí a perder el tiempo —dijo con voz clara—. Si alguien quiere acompañar al infierno a esos dos, no tiene más que pedirlo.

Nadie se atrevió a chistar. Sólo lo hizo Linda Patrick.

—Tú eras una criaducha de mi hermano —dijo con desprecio—. ¿Qué ocurre ahora? ¿Es que quieres hacer méritos para que se fije en ti?

—¡Calla, gringa!

E hizo un disparo más, demostrando que tenía una excepcional puntería. Porque la bala arrancó cabellos de la cabeza de Linda Patrick, sin herirla.

—La próxima vez tiraré más bajo —advirtió Lina—. ¡Y ahora tú, viejo canalla! ¡Muévete!

Se dirigía a Josuah Patrick, el temido y respetado amo.

—¿Qué… quieres que haga?

—Desata a Less Burton.

—¿Yo?

—Sí, tú, rata de gallinero. Quiero que lo hagas con tus propias manos.

Patrick tragó saliva.

—¡Vamos! ¡Muévete pronto o disparo!

Josuah Patrick pasó por entre los maderos de la valla y se acercó pesadamente a Burton, empezando a desatarle las ligaduras. Pero estaba tan nervioso y tan asustado que no sabía deshacer los nudos. Uno de los vaqueros se acercó también.

—Déjeme.

Pero lo que en realidad pretendía era distraer a Lina. Fingió que

manipulaba en las ligaduras, desatando a Less solo en parte, y de repente se volvió mientras «sacaba».

Su movimiento fue endiabladamente rápido y dotado de una matemática precisión.

Tiró a matar contra la muchacha, pero la bala chocó contra la caja del rifle, y sólo unas esquirlas trazaron líneas de sangre en la piel de Lina. Ésta lanzó un gemido, al comprender que estaba desarmada. El pistolero soltó una carcajada mientras apuntaba mejor para disparar otra vez.

Se oyó la voz de Linda Patrick:

—¡Mátala!

Pero el pistolero no llegó a disparar. De pronto una cosa larga y afilada como un cuchillo penetró en su garganta. No pudo darse cuenta de que Less había tirado de sus ligaduras, rompiendo el último nudo y desatándose. Menos se dio cuenta aún de que aquello que penetraba en su garganta era una dé las tiras de fino cuero que hasta entonces habían atado a Less. Igual que un cuchillo, aquella fina ligadura atravesó su piel y le estranguló en breves segundos. Cayó a tierra sin haber disparado, lanzando un horrible estertor y debatiéndose en los últimos espasmos de la agonía.

Si el que entonces estaba junto a Less hubiera sido un hombre más rápido que Josuah Patrick, todo habría terminado allí para Mil Dólares Burton. Pero Josuah no supo reaccionar, ni pudo impedir que Less se apoderara de uno de los revólveres del estrangulado, justo cuando éste caía.

Less Burton hizo entonces dos cosas: dio un empujón al dueño del rancho, derribándolo por tierra, y disparó una sola vez contra un pistolero que iba a hacer fuego contra Lina.

Alcanzado en mitad de la cabeza, el pistolero cayó de bruces sin lanzar un gemido.

—¡Pronto, Lina! ¡Trae dos caballos aquí! —gritó Less.

Lina desapareció ágilmente por entre los árboles.

Cerca de veinte hombres estaban aún rodeando la valla, sin contar los muertos. Algunos de ellos podían por tanto, disparar contra la espalda de Burton, y éste se dio cuenta de que lo harían en cuanto reaccionasen de su brutal sorpresa.

Por tanto, giró como una peonza, engaritando el revólver en su mano derecha.

Dos hombres que ya iban a disparar contra él a traición, se lo encontraron' de
cara cuando menos lo esperaban. Tuvieron justamente tiempo para lanzar un grito, en el momento en que Less disparaba por dos veces. Ambas balas destrozaron sus cabezas.

Con el cuerpo inclinado, Less movió rápidamente el revólver, imprimiéndole un suave giro, y disparó dos balas más, una a cada lado de los muertos. El anillo que formaban los espectadores se abrió por ambos lados, al correr los de la izquierda y los de la derecha para ponerse a cubierto. Momentáneamente, pues, el joven dejó de tener enemigos a su espalda.

Pero sólo le quedaba una bala.

Por eso saltó hacia Josuah, que ya iba a huir. Le propinó un salvaje puntapié a la nuca —un puntapié capaz de dejar muerta a una res— y tiró de su revólver.

Aquello era como el anillo de la muerte, porque otro hombre intentó ser más rápido que Less y aprovechar la ventaja. Pero el joven le clavó una bala en mitad de la garganta, destrozándosela. Otro hizo un movimiento sospechoso, como si fuera a sacar las armas, y una bala le penetró en la nuca.

Lina, que ya había vuelto con dos caballos, acababa de disparar empleando otro de los rifles que estaban apoyados en los árboles.

Al saberse acorralado entre dos fuegos, ninguno de los hombres de Rancho Patrick intentó ninguna jugada más.

Sabían que un solo movimiento significaba la tumba.

Llevando en la derecha el revólver cargado, Less salió de la cerca. Su camisa estaba manchada por la sangre que habían arrancado las garras del buitre, pero nadie se fijó en eso. Todos se fijaron, en cambio, en la expresión fría e inhumana de sus ojos.

Aquellos ojos estaban mirando a Linda Patrick.

—He jurado que te mataría —dijo Less.

Todo el orgullo de la mujer, toda su altivez, se aplanaron en un solo instante.

Se dejó caer de rodillas y se arrastró por el suelo, intentando abrazarse a las piernas del hombre. Sus ojos bañados en lágrimas reflejaban un enorme terror. Vio el ojo negro del revólver, que la apuntaba en mitad de la frente, y gimió:

—¡No dispares! ¡Haré lo que me pidas! ¡Me someteré a todas tus

órdenes, a todos tus caprichos, pero no dispares!

Less Burton lanzó una carcajada.

—¿Has creído que iba a disparar? —preguntó—. ¿De veras pensabas que yo mataría a una mujer indefensa? —Pasó delante de ella sin mirarla, y añadió—: Pero es igual que si hubieras muerto. Te has humillado delante de todos tus hombres y te has ofrecido como una mujerzuela. Hay cosas que hacen más daño que una bala, Linda Patrick.

Y sin dejar de vigilar a derecha e izquierda, fue hasta los caballos donde le aguardaba Lina.

Linda Patrick, desde el suelo, manchado de polvo su hermoso vestido, masculló mientras su mirada se encendía con un odio asesino.

—¡Pagarás esto, Less! ¡No creas que te librarás de mí tan fácilmente! ¡Soy una de las mujeres más ricas de California y mi oro servirá para comprar a tiras tu piel!

Less Burton montó de un salto y lanzó otra carcajada.

—Si pagas un buen precio, seré yo mismo quien te la venda, pequeña bruja. ¡Pero cuando ya haya cumplido los setenta años!

Hizo retroceder a su caballo, y Lina le imitó. Sólo volvieron grupas y guardaron sus armas cuando los árboles les protegieron. Unos minutos después habían atravesado el arco que señalaba el límite de Patrick Ranch y galopaban por la llanura en dirección a la ciudad de Brawley.

CAPÍTULO XI

—No hace falta que corramos
demasiado’
—dijo Lina sonriendo—. He espantado a los caballos que estaban en los amarraderos más próximos.

Less le miró con curiosidad.

—¿Sabes que eres una chica lista?

—Nunca fui tonta.

—Y sabes desenvolverte.

—En México fui raptada por unos bandoleros cuando era una niña. Estuve con ellos hasta los diez años. Sé manejar toda clase de armas y he sepultado cadáveres en lo más abrupto de las montañas.

—¡Diablos! Nunca lo hubiese creído.

—¿Por qué?

—Cuando te vi en casa de Patrick parecías más bien una pobre muchacha tímida.

—Pretendía cambiar de vida, costara lo que costase. Quería ser una mujer y no una fiera. Cuando vine aquí fue para vivir como todas las muchachas de mi edad. Quise trabajar, formarme a mí misma. Deseaba ser tímida para ser más femenina. Pero desgraciadamente, no puedo.

Volvió la cabeza, como si un oculto pesar la embargara.

Less la miró con atención.

Llevaba unos pantalones vaqueros muy ceñidos, que se ajustaban a sus formas opulentas. Una blusa blanca muy abierta que se movía al compás de la respiración Less tuvo que desviar la mirada y apartar así los pensamientos que empezaban a poblar su cráneo.

—No te preocupes —susurró—; eres de verdad una mujer.

Hubo entre los dos un momento de silencio, mientras trotaban a regular velocidad.

Luego Burton preguntó:

—¿Por qué me has salvado?

—Tú hiciste que me dieran cincuenta dólares.

—¿Y qué?

—Nadie me ha dado dinero sin pedirme algo a cambio. Tú has sido el único… Después de haber contado yo que eras amigo de Patrick y haber hecho lo posible para que el *sheriff* te encarcelara, no merecía que me ayudaras encima.

—Gracias, pero no veo que cincuenta dólares valgan los peligros que has corrido por mí.

—Tú no matas por menos de mil dólares —dijo ella pensativamente—; yo soy de menos categoría y mato sólo por cincuenta.

Hubo, después de estas palabras, un nuevo silencio entre los dos.

Less miraba a hurtadillas a la mujer, dándose cuenta de que era uno de los ejemplares femeninos más extraordinarios y completos que había conocido en su vida.

Confusamente, como si aquella sensación flotase en el aire, se daba cuenta de que cuando la perdiese pensaría, aunque transcurriesen muchos años: «Cierta vez conocí a una mujer…».

—¿Cómo se te ha ocurrido ir al rancho? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Te vi, y decidí seguirte. Sabía que habías ido tras las huellas de Landford. Y ahora, ¿qué va a suceder?

—¿En qué sentido?

—Josuah Patrick tiene dinero. Intentará comprar al juez para que anule la orden de captura contra su hijo.

—No creo que el juez sea de esos hombres que se dejan comprar por dinero. Ni por una mujer.

—Josuah Patrick puede amenazarle de muerte si no le obedece. Puede matar al *sheriff* y convertir la ciudad en un infierno. Tiene hombres de sobra para hacer eso.

—Que se atreva.

—Yo tengo una idea mejor, Less.

—¿Cuál?

—Deja de interesarte por su hijo. No aspires a matarle y este

asunto quedará dormido. Si no lo haces así, el grupo de los Patrick se defenderá hasta la muerte, y la sangre correrá en abundancia sobre esta parte de California. Brawley será como el cráter de un volcán.

—Seres como los Patrick no merecen vivir.

—Pero tú no les persigues porque merezcan vivir o no. Tú les persigues sólo porque su cabeza vale mil dólares.

Algunas palabras eran como una acusación. Less miró a la muchacha, parpadeó y de repente lanzó una carcajada.

—El negocio es el negocio, muchacha. ¿No hay quien caza pieles en el Canadá? Yo cazo hombres en California.

Llegaban ya a la vista de las primeras casas de la ciudad, que se extendía polvorienta bajo el sol implacable.

—¿Siempre te has dedicado a lo mismo? —preguntó ella con cierto tono de desprecio en la voz.

—No, antes era comisario de un *sheriff*.

—¿Dónde?

—En Abilene.

—Bonita ciudad.

—Sobre todo tiene un hermoso cementerio.

—¿Sabes que eres muy lúgubre? Y vistes siempre de negro…

Less lanzó otra carcajada.

—Llevo luto por mis víctimas.

—¿Vestías ya así en Abilene?

—No. A mi hermano le gustaba que fuésemos vestidos con elegancia. Como unos caballeros.

—¿Tu hermano?

—Sí. Él era el *sheriff* de la ciudad.

Lina frenó un poco su montura y le miró con curiosidad, como si no entendiera.

—¿Quieres decir que él era *sheriff* de Abilene y tú uno de sus agentes?

—Sí.

—¿Es que tiraba mejor que tú?

—El me enseñó a manejar el revólver.

—Hablamos de él en tiempo pasado, como si ya no existiera —dijo Lina, mordiéndose los labios—. ¿Es que lo mataron?

—No, Peor.

—¿Peor?

—Una bala disparada por la espalda le hirió en la columna vertebral —dijo Less Burton en voz baja—. Quedó medio paralítico… a los treinta años. ¿Sabes tú qué le regaló el Gobierno por los servicios prestados a la Ley?

—¿Qué?

—Una silla de ruedas.

Lina fue a decir algo, pero su boca se abrió y cerró un par de veces en silencio, sin poder articular palabra. Por fin chasquearon sus dientes.

—¿Una… silla de ruedas?

—Ése fue el obsequio.

—¿Y qué hizo él?

—Mi hermano era un esclavo de la Ley, un hombre que se hubiese dejado arrancar a tiras la piel antes que proferir una queja o un insulto contra ella. Aceptó la silla de ruedas y se hizo transportar a Dallas, a casa de mi madre. Los dos habíamos nacido allí.

—¿Qué sucedió en Dallas, Less?

La voz de la muchacha temblaba ligeramente ante la expresión hermética y los ojos impenetrables del hombre.

—Mi madre vivía, por decirlo así, en una choza, pero a pesar de la humildad de ésta, unos forajidos la saquearon. Ella murió. Mi hermano, afortunadamente, no estaba entonces en la casa. Cuando volvió, arrastrando penosamente la silla de ruedas sobre el camino polvoriento, la encontró incendiada.

—¿Qué hizo entonces? —susurró Lina.

—Uno de los forajidos aún estaba allí. Buscaba entre las ruinas algo más que saquear. No vio a mi hermano, que estaba parado sobre su silla de ruedas en mitad del camino. El no pudo contenerse y disparó. Le vació todo su cilindro… en la espalda.

—Me parece muy natural. Si no podía tan siquiera ponerse en pie o dar la vuelta para enfrentarse a él cara a cara.

—Pero mi hermano no lo entendió así. Había matado a un hombre a traición. Había sido —según su conciencia— un asesino. Se presentó a las autoridades.

—No me harás creer que le condenarían por eso.

—No. Pero aquellos forajidos tenían una cierta influencia

política dentro de la ciudad. La actitud de mi hermano, que ya asumía el papel de culpable antes de que le preguntasen nada, les sirvió para lograr que le retirasen su paga.

Entraban al paso en la calle principal de la ciudad. Una pequeña manada acababa de atravesarla, y el polvo flotaba en el aire. Lina susurró sin mirar al hombre:

—¿Qué hiciste tú?

—Sólo me enteré de lo sucedido cuando ya todo era irremediable. Alguien me dijo que habían visto a mi hermano en Dallas, quieto en su silla de ruedas ante la puerta de un saloon. De vez en cuando algún cliente le depositaba una moneda en la mano. Alguien le dijo cierta vez: «Fuiste el mejor *sheriff* que tuvo Abilene», y le entregó diez dólares. Mi hermano guardó silencio. Nunca decía nada cuando le entregaban una limosna.

Less Burton había pronunciado aquellas últimas palabras con los labios apretados. Cada sílaba parecía surgir de sus labios como un silbido, como una maldición. Pero Lina hubiese jurado que en sus palabras no había odio, sino solamente pena.

—¿De modo que él pidió limosna? —susurró.

—No. Solamente estaba en la puerta de los saloon, sobre su silla de ruedas, con las manos quietas. Le daban limosna los que aún conocían la palabra «Ley» o los que tenían corazón. Algunos de los que él había detenido en otro tiempo, fueron sus favorecedores.

—¿Y entonces te convertiste tú en Mil Dólares Burton?

Less miró sin ganas, por entre sus labios secos.

—Mi hermano encerró a muchos malhechores —dijo—, mientras fue *sheriff* de Abilene. Y tuvo que matar a otros. Por ninguno de ellos —ni por los que iban a la cárcel ni por los que iban al cementerio— cobró un solo centavo. Yo decidí hacer todo lo contrario.

—¿Decidiste no matar ni encarcelar a nadie si no te proporcionaba un beneficio?

—Exactamente. Los criminales se convirtieron para mí en piezas de caza. Algunos de ellos tenían la piel más preciosa que la del armiño. Capturé cierta vez a uno, en Arizona, por el que pagaron cuatro mil dólares.

Lina volvió la cabeza y se atrevió a hacer una pregunta:

—Tú no vives como un rico, Less. ¿Qué haces con ese dinero?

—La Ley tenía una deuda con mi hermano. Yo no hago más que cobrarla.

Y añadió:

—El ya no tiene que estar en su silla de ruedas a la puerta de los saloon, pidiendo sin palabras.

—Comprendo. Oye, Less…

—Dime.

—¿Qué fue del hombre que disparó contra tu hermano por la espalda?

—Aquel hombre… Te parece lógico que yo lo matara… ¿no?

—Así es.

—Pues no. Vive todavía. Desde que estoy en la ciudad, lo veo a casi todas horas.

Lina quedó sin respiración.

—¿Dices que lo ves a casi todas las horas?

—Sí. Y tú también puedes verlo.

Se lo señaló con el mentón.

Pasaban en aquel momento frente a Mike, el ciego.

CAPÍTULO XII

Less descabalgó y se acercó tranquilamente a Mike, mientras Lina los contemplaba a los dos con los ojos entrecerrados.

—Hola, Mike. ¿Quieres fumar?

—Eso siempre viene bien, muchacho.

Less sacó de su camisa un cigarro, lo encendió y se lo puso entre los labios a Mike.

—¿Aburrido?

El ciego hizo una pausa.

—Pasan muchas cosas en la ciudad. Es imposible aburrirse.

—Y usted se entera de todo, ¿no?

—De todo.

—Si alguna vez quiere echar un trago, avíseme. Vivo en el hotel frontero. Ya sabe por quién tiene que preguntar.

—Sí, por Less Burton.

—Mil Dólares Burton es más exacto.

—Es un nombre que no olvidaré.

—Lo comprendo. ¡Otra cosa! No ande mal de dinero si las cosas se ponen feas. Pídame lo que necesite.

Y Less se dirigió a su caballo. Pero en aquel momento el ciego le detuvo con un ademán.

—Oye, muchacho…

—Creí que te matarían.

—Me dio en seguida las señas del Rancho Patrick para eso, ¿verdad? Para que me matasen como a Landford…

—¿Es que han matado a Landford?

—Cuando estaba solamente herido, lo han atado a un poste para que lo devorasen los buitres. No queda más que su esqueleto, Mike. Ha pensado que conmigo harían algo parecido, ¿verdad?

—Sí, eso he pensado.

—Me gustan los hombres que no mienten, Mike.

—Ya no me gusta mentir.

—No pareces el mismo que hace cuatro años intentó matar a un hombre por la espalda.

—Pero no lo maté.

—Te falló la puntería, ¿verdad? Sólo le rozaste la columna vertebral y le dejaste paralítico. Fue un hermoso espectáculo ver al *sheriff* de Abilene en una silla de ruedas. Porque tú lo viste, ¿verdad?

Mike se pasó la mano por sus ojos ciegos.

—Sí, lo vi.

—Hace cuatro años de eso, Mike.

—Tú tampoco pareces el mismo que me persiguió por todo el Oeste y terminó desafiándome en una calle de Phoenix. No pareces el mismo que quiso atravesarme la cabeza de un balazo… y me dejó ciego.

—Fue un accidente, Mike. Yo quería matarte.

Con los labios temblorosos, Lina asistía en silencio a aquel diálogo alucinante e increíble, sin atreverse a respirar siquiera.

—Dios mío… —susurró tan sólo.

—¿Por qué no me mataste entonces, Less? —preguntó Mike con voz ronca—. ¿Por qué no me mataste al encontrarme de nuevo aquí y reconocerme el primer día? Juraste que tú mismo cavarías mi fosa.

—Ya tienes bastante, Mike.

—Sin embargo, haces mal en no matarme. Porque yo busco tu cadáver. Si no puedo matarte con mis propias manos, haré que te maten otros.

—Me parece muy bien, Mike.

—Si crees que un ciego puede hablar en broma, estás equivocado. Digo esto con todo mi odio. ¡Te mataré, Less, o haré que alguien te mate!

—Si necesitas algo —susurró Less de modo casi inaudible—, no vaciles en acudir a mí.

Y con la cabeza hundida sobre el pecho, montó a caballo nuevamente, marchando en compañía de Lina hacia el centro de la población, donde vivía la muchacha.

* * *

—¡Te matará! —jadeó Lina—. ¡Ha dicho que te matará!

—Mejor para él.

—¿Es que ya no le odias?

—¿Cómo voy a odiarle ya? Ha pagado cien veces su delito. Al contrario, Lina. A veces, por las noches, me despierto y pienso que debí tener más puntería aquella vez. Que debí atravesarle de parte a parte la cabeza.

—Dios mío. No sé cómo puedes soportar una vida así…

—Por eso no me importaría si él me mata. Después naturalmente, de que yo haya eliminado a Patrick.

—Te repito que debes olvidarlo, Patrick y su familia son de los que siempre triunfan. Más vale no luchar contra ellos. El simple hecho de que quieras matarle ya originará una verdadera guerra.

Pasaban en aquel momento frente a la oficina del *sheriff*. Vieron que éste estaba clavando un nuevo pasquín junto a su puerta.

Less detuvo su montura.

—¿Novedades, *sheriff*?

—Vea usted mismo.

El nuevo pasquín señalaba un nuevo precio a la cabeza de los Patrick, padre e hijo. Mil dólares por cada uno.

—¿De dónde va a sacar tanto dinero, *sheriff*?

—Yo pongo cien dólares, y el resto lo han ofrecido entre ganaderos y rancheros que ya no pueden soportar más las injusticias de los Patrick. Trescientos dólares vienen del rancho donde trabajaba Lorna.

—Son un buen bocado.

El *sheriff* volvió la espalda.

—¿Cómo ha subido el precio tan rápidamente? —preguntó Less—. ¿Es que se sabe ya lo de Landford?

—Un peón mexicano ha venido al galope como un desesperado, para contarlo todo.

—Pero aun así los precios han aumentado mucho.

—Estaba en una reunión de ganaderos cuando me han dado la noticia, y las ofertas han empezado a subir como si aquello fuera una subasta.

—Pero legalmente aún no puede ofrecer nada por la cabeza de Josuah Patrick. Ni él ha huido ni usted ha intentado todavía

detenerle.

El *sheriff* rió en silencio, con amargura.

—Su rancho es una verdadera fortaleza. ¿Quién lo va a detener allí? Hace falta un loco que crea que su piel vale dos mil dólares.

Less hizo una mueca.

—Buenos días, *sheriff*.

—Oiga, Less…

—¿Qué hay?

—Me han dicho que Landford está vengado.

—Bien vengado, *sheriff*.

—Yo… quería decirle que olvidase lo de la orden de detención.

—Usted también debe olvidarla, *sheriff*, si quiere seguir viviendo.

Laxon, en lugar de ofenderse por aquella provocación, lanzó una amarga carcajada.

—Pienso una cosa, Burton.

—Dígala.

—No sé si estamos haciendo bien. Por primera vez en mi vida me siento vacilar. Josuah Patrick es infinitamente más poderoso que su hijo. Es uno de los dueños de esta tierra.

—¿Es que tiene miedo, Laxon?

—Por mí nunca lo he tenido. Es sólo por los que puedan caer en la guerra que va a empezar ahora.

—Empiece a preparar dos mil dólares de *whisky*, *sheriff*, y no se preocupe de otra cosa.

—No le entiendo bien, Less. ¿Iría usted detrás de esos hombres, aunque no hubiera recompensa?

—No, *sheriff*. Yo sólo trabajo cuando hay por lo menos mil dólares de por medio. ¿No lo sabía? Soy un canalla.

Se llevó la mano derecha al sombrero, saludando, y espoleó a su caballo suavemente para que trotara hasta el modesto hotel donde se hospedaba Lina.

Allí descendieron los dos.

—El *sheriff* tiene razón —susurró la muchacha.

—Por lo visto opináis lo mismo.

—Es que yo sé lo que Josuah Patrick hará si no le dejan arreglar esto a su manera, con sobornos y corrupciones.

—¿Qué hará?

—A ti te eliminará de todos modos. Pero además eliminará al *sheriff* y a Lorna, que es al fin y al cabo la única que puede acusar a su hijo ante un jurado.

Less pareció pensativo un momento. El razonamiento de Lina tenía lógica, y hasta ese momento no se le había ocurrido pensar lo muy en peligro de muerte que se hallaba la muchacha. Pero al fin lanzó una carcajada. Parecía como si aquella situación le divirtiese en lugar de inquietarle.

—Te quiero, Lina —dijo inesperadamente.

—Pero…

—¿Sabes qué voy a hacer, cariño?

—O una locura o un crimen. ¿Qué se puede esperar de ti?

—Voy a hacer algo mejor. Encargaré un ataúd para dos, un ataúd de dos plazas. ¿Querrás que nos casemos y nos vayamos a morir allí, cariño?

Lanzó otra carcajada, se echó el sombrero hacia atrás y se alejó al galope de su caballo.

CAPÍTULO XIII

Todo comenzó de la forma más inesperada.

Lo mismo Lina que Less Burton habían creído que todo se iniciaría con un ataque en masa de los hombres de Josuah.

Patrick a la población, para hacer firmar al juez y a Laxon un sobreseimiento de la causa o ahorcarlos en caso de que se negaran. También podía iniciarse por un asesinato encubierto. Pero en lugar de eso, lo único que ocurrió en Brawley fue que Linda Patrick, montada en un lujoso calesín y luciendo una delicada sombrilla, se paseó por las calles de la ciudad.

El *sheriff* se quedó atónito al verla, y le hizo una seña desde la puerta de la oficina.

Ella detuvo hábilmente la jaca de sangre española que tiraba del calesín.

—¿Qué ocurre, *sheriff*?

—No sé cómo se atreve a venir aquí, señorita Patrick.

—¿Y por qué no había de venir?

—Su padre y su hermano tienen la cabeza puesta a precio.

—Pero yo no. A mí me pondrían precio a los labios, por ejemplo. ¿No le parece, *sheriff*?

—Dé gracias a Dios por ser una mujer. Usted contribuyó a la muerte de Landford y en justicia debería pedir que la ahorcasen. Pero me repugna ver colgada a una muchacha.

—Se ve que es usted un hombre de buen gusto.

—¡Lárguese de la ciudad, señorita Patrick!

—Por el contrario, estaré un buen rato aquí. Pienso hacer unas compras. ¿Por qué no me pone vigilancia, si es que cree que intento algo sospechoso?

—No crea que por galantería no voy a aceptar. Le pondré

vigilancia, demonios. Yo mismo me encargaré de ello, junto con el agente Stanley.

—A su gusto, *sheriff*.

El de la estrella entró en su oficina y salió con Stanley, dejando el despacho cerrado, pues el otro agente estaba de patrulla. Linda Patrick descendió de su carruaje con un sugestivo revuelo de faldas, y escoltada por los dos hombres se dirigió al almacén de telas y novedades más importante de la ciudad.

Allí estuvo eligiendo entre las últimas telas traídas de Nueva York, hizo numerosos reparos a los géneros y se quedó, al fin, con lo mejor, como correspondía a una verdadera señorita.

En todo esto transcurrió una hora, durante la cual ni el *sheriff* ni el agente Stanley se movieron de junto a Linda Patrick. Por otra parte, la calma en la ciudad era absoluta.

Pero de pronto esa calma se vio cortada por angustiosos alaridos y una serie de detonaciones de «Colt».

Laxon y Stanley saltaron hacia la puerta. Llegaron a tiempo de ver un jinete que se alejaba al galope, envuelto en una nube de polvo, y un bulto tendido en el suelo. Laxon hizo un par de disparos contra el fugitivo, aun sabiendo que no lo alcanzaría, y luego corrió hacia el hombre tendido en mitad de la calle.

Estaba materialmente cosido a balazos, pues le habían alcanzado cinco plomos. Pero no era eso lo peor. Sin duda lo habían arrastrado hasta allí atado a la silla del caballo, y de él debieron proceder los alaridos angustiosos que pusieron en alarma al *sheriff*.

Además, el muerto no era un cualquiera. Se trataba de Simpson, agente ganadero que había ofrecido quinientos dólares por la cabeza de Patrick.

Varios hombres más se acercaron corriendo. Pronto el cadáver se vio rodeado por una verdadera masa humana.

—¡Diablos! ¡Es Simpson!

—¡Y lo han arrastrado hasta aquí!

—¡Está cosido a balazos!

Laxon se puso en pie y buscó con los ojos a Linda Patrick. Ésta se encontraba en primera fila, poniéndose delicadamente unos guantes que le llegaban hasta media manga.

—Estará contenta de su estratagema, ¿verdad? —preguntó Laxon.

—¿Qué estratagema? ¡Oh, qué lástima! ¡Estos guantes no terminan de ajustarse a mi medida!

—Ha hecho lo posible por atraernos de modo que no pudiéramos hacer ni tan sólo una ronda por la ciudad. Mientras tanto, los hombres de su padre han asesinado a Simpson. ¡Muy bien, pero esto no quedará así! ¡Vas a terminar de probarte los guantes en la cárcel, muñeca!

Fue a empujarla violentamente para llevarla hasta su oficina, pero en ese momento alguien le contuvo con suavidad. El presidente de la Junta de Vecinos de Brawley.

—Calma, Laxon. Nada ganaremos metiendo en un lío a esta mujer. Hay cosas más importantes de que tratar ahora.

—¿Qué cosas?

—También han matado a Wals, otro ganadero.

El *sheriff* se quedó sin respiración. Instantáneamente se olvidó de Linda Patrick.

—Vamos a su oficina —dijo el presidente de la Junta de Vecinos.

Laxon se dejó conducir. Estaba abrumado, f por primera vez en su vida sentía que el cargo le venía ancho. Al entrar en la oficina se sorprendió viendo allí a los más importantes personajes de la ciudad, principalmente los interesados en negocios ganaderos.

Laxon adivinó en seguida lo que ocurría. No era tonto.

—Todos ustedes pusieron dinero para recompensar al que capturase a los Patrick, ¿no es así?

—Exacto. Pusimos dinero… como Simpson y Wals. Y estamos asustados.

—Pronto empiezan a entregar las armas al enemigo.

—Hágase cargo, *sheriff*. Usted mismo ha de confesar que los Patrick son demasiado para nosotros. Además, lo que hemos venido a pedirle es bien poca cosa: que retire nuestras ofertas de dinero para la captura de esos hombres.

—¿Pero no se dan cuenta? Less Burton es el único que podía acabar con ellos; y Less Burton no se molesta en perseguir a nadie, si ello no le reporta un mínimo de mil dólares.

—Ése es asunto nuestro, Laxon.

—No se trata sólo de nuestro dinero.

—Se trata de nuestras vidas.

—Además, lo que pedimos es bien poco…

El *sheriff* estalló en imprecaciones y les llamó cobardes. La discusión se prolongó. Cualquiera que hubiese oído los gritos y las maldiciones habría pensado: «Esto no terminará hasta la noche».

Y eso fue justamente lo que pensó el hombre que pasó como distraído frente a una de las ventanas de la oficina.

Inmediatamente, ese hombre se dirigió hacia las afueras de la ciudad, a un pequeño bosquecillo donde estaba Linda Patrick, montada en su calesín, junto con cinco hombres más a caballo.

También había allí otra mujer, Lorna.

* * *

Linda Patrick encendió con calma un cigarrillo y preguntó al recién venido:

—¿Hay peligro, Terry?

—Ninguno. Discuten como locos en la oficina de Laxon. Ni él ni ninguno de sus agentes saldrán por lo menos en una hora.

Linda Patrick lanzó una bocanada de humo y volvió el rostro hacia Lorna, con estudiada expresión.

—Ya lo has oído, querida.

—Sí, lo he oído. Dos de tus hombres me han sacado a la fuerza de mi habitación y sé que no voy a recibir ayuda.

Ahora menos que nunca. Pero no creas que por eso vacilaré.

—Piensa que te estoy dando una última oportunidad. Aún puedes salvar tu vida si firmas una declaración en la que digas que todo lo que explicaste al *sheriff* era mentira. Nosotros mismos cuidaremos de cursarla y a ti nada te sucederá.

—Muy bien —afirmó Linda, calmosamente—; no sé si él morirá, pero lo que sí me parece seguro es que tú le mostrarás el camino. ¡Atadla!

Dos hombres sujetaron brutalmente a Loma y la amarraron, abrazada al tronco de un árbol, de modo que mostrase la espalda. Con dos brutales tirones le desgarraron la ropa dejando la piel al descubierto.

—Emplead mi propio látigo —susurró Linda Patrick, ofreciendo el que estaba sujeto al calesín.

Uno de los hombres, el más corpulento y de facciones más brutales, lo tomó en su mano derecha.

—¿Hasta cuándo la golpeo? —preguntó.

Y Linda Patrick contestó sencillamente, sin dignarse volver la cabeza:

—Hasta que muera.

* * *

El *sheriff*, con las facciones sudorosas, jadeando como si acabase de hacer una carrera, llegó a la habitación del hotel que ocupaba Less Burton. Éste no había salido aún. Terminaba de afeitarse.

—Malas noticias para usted, Burton.

—¿Qué ocurre?

—Ya me he cansado de discutir con esos cobardes. Todos los ganaderos que habían ofrecido recompensa por la captura de los Patrick, la retiran ahora. Tienen miedo.

—¡Pues sí que están bien los negocios en esta ciudad!

—¿Es todo lo que se le ocurre decir?

—Por ahora, sí. Pero si quiere que añada un par de maldiciones, lo haré con mucho gusto.

Laxon suspiró con cansancio.

—Sé que usted sólo trabaja por dinero, Burton, y ésa es la causa de que haya venido a avisarle. Por desgracia, ya nada tiene que hacer aquí. La única recompensa que hay por la captura de los Patrick, es bien pequeña.

—¿A cuánto asciende?

—A los cien dólares que ofrecí. Yo los mantengo.

Less terminó de peinarse mientras silbaba una alegre cancioncilla. Luego se volvió hacia Laxon, en tanto ajustaba a su cintura un doble cinturón canana con dos revólveres recién comprados.

—¿Sabe una cosa, *sheriff*?

—¿Qué?

—Me estoy estropeando.

—¿En qué sentido?

—Fíjese si seré idiota que me están entrando ganas de trabajar gratis. ¿Usted cree que así se llega a alguna parte?

Se puso el sombrero, saludó y salió de la habitación.

* * *

En la calle encontró a Mike, que no estaba en su rincón, sino que caminaba como un sonámbulo, siguiendo la línea de los porches.

—Hola, Mike —sonrió Less—. ¿Apetece un trago?

Mike no le contestó. Dio la sensación de que no le había oído tan siquiera.

—Digo si apetece un trago —repitió Less—. Ahí enfrente tienen un *whisky* que vale la pena.

Mike tampoco contestó. Parecía contar los pasos y aspirar el aire. Llevaba los brazos ligeramente extendidos, igual que un sonámbulo.

—Pues sí que va distraído… —Gruñó Less.

Y fue a dirigirse hacia el saloon frontero, sin preocuparse más de él.

Pero de pronto se detuvo, volvió la espalda y miró al ciego.

Había algo muy extraño en sus movimientos, en la insólita atención con que aspiraba el aire. Aunque la comparación era poco caritativa, parecía uno de esos perros que ventean la caza.

Less no entró en el saloon.

Dio definitivamente media vuelta y se puso a seguir a Mike a distancia, muy poco a poco.

Observó que él iba a salir de la ciudad.

Se adentraba en la llanura, hacia las colinas, siguiendo las huellas de un carruaje y los cascos de numerosos caballos.

CAPÍTULO XIV

Bud dejó caer el látigo con que había estado golpeando a Lorna y miró aquella especie de fantasma que se acercaba por el lindero del bosque.

—Es Mike, el ciego. ¿Qué buscará aquí?

Mike llegó a los primeros árboles, aspirando fuertemente el aire. Se guiaba, sin duda, por el olfato, y en especial por el fuerte olor de los caballos recién lavados y cepilladlos con petróleo. Al llegar a la altura del grupo de hombres, se detuvo.

—¿Qué hay, Mike? —preguntó Bud—. ¿Es que quieres asistir a la fiesta?

—He oído cómo dos hombres sacaban a Loma de su habitación y luego la montaban en un caballo que estaba recién cepillado con petróleo. ¿Por qué la habéis traído aquí?

—¿Te interesa eso mucho, viejo borracho? —preguntó Linda Patrick, con un dejo de impaciencia en la voz.

—Sí, me interesa por una cosa. ¡Para llamaros miserables, rastreros y cobardes, que sólo merecéis la caricia de una cuerda!

Los insultos de Mike, cuyo pasado de pistolero conocían todos, les dejaron atónitos. A Bud mismo le impresionó.

Linda Patrick fue la primera en reaccionar.

—¡Qué delicioso discurso, Mike! —dijo con sorna—. ¿Es que te has pasado al bando de Less Burton?

—Less Burton es, en realidad, el único hombre que me ha tratado bien. El único que, después de encontrarme otra vez en Brawley, me ha considerado como una persona y no como un animal inútil al que hay que eliminar.

En ese momento, una voz surgió de entre los árboles:

—Gracias, Mike. No me atrevía a esperar tanto de ti.

Era Less Burton. Todos se movieron instantáneamente al oírle, sacando sus armas.

Dispararon, y una de las balas alcanzó a Mike, que ni tan siquiera se dio cuenta de que moría.

Less Burton, medio parapetado tras un árbol, disparó como un loco. Los pistoleros de Patrick, cazados por sorpresa, formaban un grupo demasiado compacto y no pudieron escabullirse. Fueron víctimas fáciles para el plomo combinado de los dos revólveres de Burton.

Linda, aterrorizada, comprendiendo que lo tenía todo perdido, trepó ansiosamente de un salto al calesín que la había llevado hasta allí y castigó con saña a los caballos, que se lanzaron asustados a un rabioso galope.

Less Burton pudo disparar fácilmente. Nunca había tenido un blanco tan propicio. Pero no hizo fuego porque le repugnaba matar a una mujer, y porque primero quería librar de sus ligaduras a Lorna.

El calesín avanzaba locamente, dando bandazos por entre los árboles del bosque. Less Burton se dio cuenta de la tragedia inminente y supo también que nadie podría evitarla. El carruaje chocó de costado contra un árbol y volcó. Linda Patrick lanzó un grito, proyectada hacia adelante, cuando fue a caer entre las patas de los caballos.

Éstos, más enloquecidos aún, rebrincaron sobre ella. Y un segundo después las ruedas del carruaje pasaban sobre su cuerpo.

Less Burton suspiró:

—Nada se puede hacer por ella. Ha encontrado el fin que merecía.

Lorna, ya libre, se dejó caer en sus brazos y entonces, por primera vez, se puso a llorar.

CAPÍTULO XV

Dos hombres se dirigían al galope a Patrick Ranch, uno de los más grandes y ricos de California del Sur.

Cualquiera que los hubiese visto habría pensado que tenían una prisa loca por llegar cuanto antes allí. Y era verdad. Los dos tenían una prisa loca por llegar cuanto antes a su propia tumba.

Porque los dos jinetes eran Less Burton y el *sheriff* Laxon, y al ir solos al rancho de Patrick sabían que iban a enfrentarse con la muerte.

—Nadie ha querido acompañarnos —dijo el *sheriff*—. Y es que en realidad considero todo esto una locura.

—Nos han dicho que los Patrick, padre e hijo, están refugiados allí. ¿Y no exige la Ley que los asesinos sean buscados allí donde se encuentren?

—Pero usted no tiene ninguna obligación, Less. Usted no va a cobrar nada por esto.

Less lanzó una carcajada.

—¡No me lo recuerde, *sheriff*, porque a lo mejor me arrepiento! ¡Es la primera vez que trabajo gratis desde que me convertí en Mil Dólares Burton!

—¿Cuántos hombres cree que encontraremos allí?

—No más de cuatro, aparte de los Patrick. Es imposible que éstos tengan más pistoleros profesionales, después de los que yo he matado. El resto de la gente serán peones y vaqueros que guardarán una actitud pasiva, y que en el fondo verán con gusto morir a los Patrick, si es que mueren.

—Si es que mueren —repitió Laxon, pensativamente—. Oiga, Less…

—¿Qué hay?

—Es fácil que caiga uno de nosotros, o quizá los dos. Si soy yo el que se queda tendido en Rancho Patrick, hágame un favor.

—Lo haré con mucho gusto, o mejor dicho, con mucho disgusto.

—Veo que no pierde usted el humor, Less. Lo que quería pedirle es que entregue a esa muchacha, a Loma, todos mis ahorros. Son poca cosa: unos mil dólares. Los encontrará en el cajón central de la mesa de mi oficina.

—¿Y por qué he de dárselos a Lorna precisamente?

—Esa muchacha… Me ha entristecido mucho lo que le ocurrió.

—¿No será más bien que se ha enamorado de ella?

Laxon desvió la mirada.

—Bueno, es posible. Tengo treinta años y no me había enamorado jamás. Por eso no sé dar nombre a lo que siento.

—Pero yo sí. Y me parece que ella aceptaría de buen grado el que usted le dijera todo eso de viva voz, *sheriff*. De modo que procure vivir.

—Usted también tiene ganas de regresar entero, ¿no?

—A mí no me espera nadie.

—Yo creí que le esperaba… Lina.

Ahora fue Less quien tuvo que desviar la mirada, enrojeciendo ligeramente. Pero de pronto reaccionó y lanzó otra carcajada, mientras decía:

—¡Váyase al diablo!

Aquella exclamación fue acompañada por el estruendo de dos rifles crepitando en la distancia.

Los dos jinetes, que ya estaban muy cerca del cuerpo principal de edificios del rancho, se lanzaron a tierra por un costado de sus caballos, rodaron sobre el polvo y se levantaron, echando a correr en zigzag, mientras sacaban sus revólveres.

Nuevas balas de rifle restallaron a sus pies, justo cuando los dos atacantes llegaban, uno por la derecha y otro por la izquierda, a los apartaderos del ganado que había a cada lado del edificio principal, desde donde les disparaban los rifles.

Less, parapetado tras una de las barras de madera, fue contando las detonaciones y percibiendo el estampido peculiar de cada rifle.

—Son cinco —susurró—. Cinco hombres…

Entre los apartaderos, que les protegían en parte, y la casa, había una zona despejada de algo más de doscientas yardas. Era

imposible pasar por allí, aunque se tuviese la velocidad de un gamo, sin ser alcanzado por alguna bala.

Less hizo una seña al *sheriff*, aconsejándole que no se moviese, y ambos hombres fueron espiando los movimientos de los enemigos que les disparaban desde las ventanas. Uno de ellos se movió demasiado y recibió dos balazos en plena cara, rompiendo la ventana con su cuerpo y cayendo a tierra, mientras lanzaba un aullido.

Los otros, dentro de la casa, decidieron obrar con más prudencia. No volvieron a disparar, limitándose a aguantar el ataque de los dos hombres.

El silencio, por un momento, se hizo impenetrable, angustioso.

Less miró las doscientas yardas de terreno liso que tenía delante y sintió que un sudor helado empezaba a resbalar por su cuello.

Nunca llegaría allí.

De pronto, uno de los carneros que se movían inquietos en el apartadero, chocó contra la valla.

Less tuvo una idea.

Si resbalaba, podía morir triturado por las patas de los animales, pero era su única oportunidad.

Saltó hacia atrás mientras hacía fuego. Laxon le cubrió con sus disparos, y los rifles de las ventanas ladraron sin que sus dueños pudieran afirmar la puntería. Con una mano, Less levantó la valla, mientras con la otra seguía disparando. Los carneros, en número de unos doce, se lanzaron como enloquecidos a través de la abertura.

Less saltó al lomo de uno de ellos y rápido se dejó resbalar de costado, asiéndose a su cuello y sosteniendo el revólver con los dientes. Desde la casa se dieron cuenta de la maniobra y dispararon rabiosamente, pero sin conseguir otra cosa que herir a un par de animales. El que transportaba a Less chocó como enloquecido contra la fachada y luego cambió de dirección. Less se soltó.

Dio un puntapié a la puerta y entró en la casa, con sus dos «Colt», preparados.

Desde lo alto de la solemne escalera que subía al piso superior, alguien hizo fuego. Less se dejó caer sobre la alfombra y disparó rabiosamente contra su enemigo al tiempo que éste se encogía. Se oyó un grito y el pistolero empezó a rodar pesadamente escaleras abajo. Less disparó de nuevo, rematándolo antes de que llegara al

vestíbulo.

Envuelto en el humo acre de la pólvora, corrió hacia las escaleras. Alguien más apareció en lo alto, disparando como un borracho, y Less tiró tres veces con los dos revólveres a un tiempo. El pistolero recibió seis balas en el cuerpo y cayó aullando y con la pesadez de un saco. En aquel momento alguien salió de una de las habitaciones de la planta inferior y levantó su rifle, cazando a Less por la espalda.

Era Josuah Patrick. Con una mirada de odio satánico fue a apretar el gatillo.

Y en aquel momento alguien empezó a vaciar sus tambores desde la puerta exterior de la casa.

Laxon, que había aprovechado el favorable momento para correr las doscientas yardas, acababa de hacer su aparición. Patrick recibió plomo en la sien y soltó su «Winchester» con un rugido. Sin pestañear, disparando como una máquina, el *sheriff* le vació la cabeza.

Sólo quedaba el hijo, el más miserable de todos. La rata cobarde que aún ansiaba huir…

Less susurró:

—Déjemelo a mí, *sheriff*.

Se quitó las espuelas y fue subiendo poco a poco las escaleras, con los nervios en tensión. El silencio en el interior de la casa era ahora espantoso, como el que reina en las tumbas. Less Burton llegó al piso superior.

Nada. Todas las puertas estaban cerradas. El humo de la pólvora llegaba hasta allí.

Sin respirar, con todos los nervios tensos, siguió avanzando.

Patrick tenía que estar tras alguna de aquellas puertas. Debía acecharle.

Pero ¿detrás de cuál?

En su avance, Less dejó una de las puertas a su espalda.

Y la hoja de madera empezó a girar lentamente, en el más absoluto silencio, Less no oyó nada. Pero una de las puertas, la que tenía enfrente, se abrió un poco también.

¡Una corriente de aire!

Girando como una peonza sobre una sola pierna, Less disparó sus dos «Colt» a la vez, mientras rechinaban sus dientes. Patrick,

que ya iba a apretar el gatillo, recibió un balazo en la garganta y soltó su revólver. Tapándose los ojos con ambas manos, incapaz de ver la muerte cara a cara, inició la caída. Cuando su cuerpo tocó el suelo ya había recibido cuatro balazos, todos ellos mortales de necesidad.

Guardando sus «Colt», Less Burton descendió lentamente las escaleras.

—Ya está todo terminado, *sheriff*. ¿Registramos los cadáveres por si llevan algo de interés?

—¡Diablos! Lo dice con una indiferencia… Ni que viniera de una fiesta.

—En cierto modo lo ha sido, aunque trágica. Registre a los pistoleros. Yo me encargaré de los Patrick y luego los enterraré.

Empezó a registrar a Josuah Patrick. Y lo primero que encontró fue un fajo de billetes con una nota que decía: «Como obsequio al hombre que se moleste en enterrarme».

Less los contó. Eran mil dólares.

—Está visto que no puedo trabajar gratis… —suspiró.

—Va a necesitarlo todo —dijo el *sheriff*—. ¿Se cree que un casado tiene los mismos gastos que un soltero?

—Es igual. Voy a retirarme de esta maldita profesión, Laxon.

—¿Ahora que hasta los muertos le pagan?

—Precisamente por eso. Nunca había cobrado de un muerto. Quiero irme a vivir con mi hermano, a Dallas… y llevarme una mujer.

El *sheriff* masculló entre dientes:

—Haga lo que quiera. ¡Despreciar mil dólares y comprometerse a mantener a una mujer toda la vida! ¡Hay tíos que hacen cada negocio…!

FIN